

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría de Investigación en Literatura

Mención en Escritura Creativa

Nanaylla – Dejar que duela

Wayra Ana Ercilia Velásquez Velásquez

Tutor: Leonardo Pedro Valencia Assogna

Quito, 2024



Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Wayra Ana Velásquez Velásquez, autora de la tesis titulada “Nanaylla - Dejar que duela”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Máster en investigación en Literatura, con mención en Escritura Creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

30 de abril de 2024

Firma: _____



Resumen

Este proyecto tuvo como objetivo la escritura de una novela en la que se vean implicadas dos lenguas: el kichwa y el castellano como las tejedoras de la historia de Mila, una mujer que vuelve luego de doce años a su natal Irua, una comunidad rural incrustada en los andes ecuatorianos. Su principal premisa es la discusión interna que la protagonista tiene: de dónde soy y a dónde pertenezco, luego de haber vivido mucho tiempo en Kioto. En un mundo donde la realidad se mezcla con la fantasía, Mila concluye que para sentirse aceptada en un lugar debe regresar a su pasado y derrumbarlo, en este caso, ese pasado es representado por la casa de su infancia donde creció con sus dos abuelas. En su viaje de regreso los espíritus de la montaña y el lago le indicaran mediante sueños y apariciones su destino. Pronto descubrirá también que su proyecto de derrumbar su casa y construir un complejo turístico será truncado por la paulatina ceguera que le afecta. Esta historia presta real importancia a la mirada del pasado y plantea cosas como la memoria; cuestionamientos sobre la realidad y la magia que inevitablemente pervive en Irua. Por otro lado, la novela mezcla no solo dos lenguas, sino que a la vez cada una es una propuesta poética que no pretende enmarcarse en tonos folclóricos ni indigenistas.

Palabras clave: literatura latinoamericana, kichwa, lenguas, andino, sueños, ceguera, memoria, casa

Kikingunaman ñuka aychapi killkashkamanda
Para Rosa Elena y mi madre por estar tejidas
con varios hilos de memorias pasadas.

Tabla de contenidos

Introducción.....	11
Nanaylla - Dejar que duela	24
Obras citadas.....	94

Prólogo

¿Cuándo empezamos a escribir? Es una pregunta constante que me ha acompañado mientras escribo esta novela y para expresarla mejor quisiera mencionar las palabras de Julio Cortázar cuando dice: “siempre he escrito sin saber demasiado por qué lo hago, movido un poco por el azar, por una serie de casualidades: las cosas me llegan como un pájaro que puede pasar por la ventana” (2021, 19).

En las palabras de escritores como el que acabo de mencionar, hallamos cosas que no vemos fácilmente, nos preguntamos cuándo fue que nos gustó este mundo de palabras, de secretos, de olvidos y nostalgias. Entonces, recordamos quizá nuestra primera clase de literatura en el colegio, o las noches de historias sin fin en el abrigo de una casa. Dudamos de ese don de la palabra de la que muchas veces nos han privado y a la que con el tiempo tememos. La escritura no siempre desahoga, a veces ahoga y entre sus profundidades antes de perder por completo el aire uno se acostumbra a respirar bajo el agua.

Escribimos desde que somos pequeños: cuando nos sentábamos en el patio de tierra de nuestras casas con un trozo de madera que por ahí encontramos y empezamos a trazar nuestros primeros garabatos, o cuando, sin saber el alfabeto o las vocales escribimos los enigmas de nuestro pequeño mundo en las paredes de nuestra habitación. Todos tenemos algo de pintor y escritor en nuestro cuerpo. Sin embargo, la desmedida fatalidad con la que los adultos nos enseñan a mirar el mundo, obliga que el navegante de grandes aventuras se detenga hasta que su imaginación se convierta en un cuarto blanco sin ventanas por donde salir. Y, precisamente ahí aparece la literatura como un árbol frondoso en una extensa llanura donde el sol carcome la piel del caminante y entonces volvemos a soñar con esos multiversos posibles desde las letras.

De todas las artes me atrevo a decir, sobre todo desde mi experiencia en el cine que, la literatura nos permite imaginar con todas las dimensiones desconocidas, viajamos en el tiempo; los límites no existen más allá del cansancio que pueda sentir el cuerpo. En cambio, el cine, al menos en este país todavía es limitado y cada vez que alguien sueña con contar una historia por medio de este, lo primero que suelen decir: es muy costoso. Comprendo que tiene mucho que ver con los niveles de educación y procesos de política pública, por eso el cine esta aún condicionado. En la literatura es distinto, primero tenemos la historia en la época que sea, con los personajes que deseemos, decidimos sobre

sus personalidades y al final pensamos en el presupuesto. Aquí lo que hay que hacer es escribir y luego ya veremos.

Nos lanzamos sin miedo a tomar el timón del barco y perseguir el horizonte en busca de otros más largos, más grandes y complejos. Quienes escriben son aventureros innatos, son fugaces, no les gusta la permanencia, son pájaros migrantes de las historias.

Nanaylla – Dejar que duela es una novela con la que personalmente he aprendido a descubrir la magia de las palabras y la fantástica manera de jugar a ser la creadora de un universo. Una novela con la que he intentado librar el combate de saber si soy o no una escritora, y que quizá nunca lo llegue a saber a ciencia cierta, pero esa lejanía me incita a seguir. En una *habitación propia* de Virginia Woolf (1999, 100) reposa una frase que dice: “tiene que animarse a escribir suponiendo que lo que escribe nunca se publicará, apaciguar su espíritu con el triste canto[...]”. Hay que escribir sin pensar en el futuro, hay que escribir abrazando el presente que en ese momento aparece, aunque se hable en pasado o futuro. La lección más importante en este camino es saber que hay que escribir, aunque no le guste a nadie, porque a mí particularmente es lo que me hace sentir parte de algo. En la porosidad que implica la búsqueda del propósito humano o la misma identidad, la escritura llega a ser un sitio seguro.

Esta novela se abre paso también en esos reducidos espacios donde aún nos empeñamos en definir las cosas, en sitios específicos para seguir cerrando los libros y con ellos la creatividad del escritor. Personalmente sostengo que *Nanaylla - Dejar que duela*, no espera ser parte de una literatura indigenista solamente porque sus personajes navegan en un mundo indígena y tampoco porque ha sido escrita por una mujer indígena. No espera ser el legado ni la lucha de nadie que no sea la mía como escritora. Me encuentro aprendiendo a ver esta novela con la total libertad de la que ella misma dicta ser. Quiere jugar con todo eso que nos atraviesa, con las lenguas que nos constituyen, con los lugares que nos han marcado y en ellos bordar pizcas de magia que dejamos de ver cuando el ruido del desarrollo desmedido no nos deja explorar más allá. Hay cosas que se niegan a ser definidas y pienso que el génesis de esta novela es precisamente esa, no ser definida en un reducido grupo. Quizá estemos contentas cuando digan que es una novela ecuatoriana sin más o quizá no, eso lo descubriremos cuando el tiempo vaya dejando marcas de su escritura sobre nuestra piel. No hay apuro.

Cuando mi tutor me recomendó leer *Los ríos profundos* de José María Arguedas, me convencí finalmente de escribir la novela en dos lenguas, pues antes todavía rondaban en mí algunas dudas. Aunque en la novela de Arguedas la lengua quechua se mezcla con el castellano, sus similitudes con el kichwa hicieron eco en mí, entonces mi interés de hacer una novela bilingüe se fortaleció. Ha sido vital para mí (como ya mencioné anteriormente) encontrar las señales con otros autores, en compañía incluso con mis compañeros de clase y a la vez con cada uno de mis profesores.

Bajo este contexto, *Nanaylla - Dejar que duela* es una novela que juega con sus dos lenguas madres, una postura que también la descubrí mientras escribo esta historia. Pienso que la historia ecuatoriana se ha empeñado en separar lo blanco de lo indio, el kichwa del castellano, cuando finalmente nos atraviesa como la cordillera andina lo hace. Somos andinos. No niego que en un principio me preocupó el cómo interfería el kichwa en una narración castellana en su mayoría; los absolutos no me agradan y es por eso que quiero pintar mi escritura con todo lo que he vivido y he experimentado. Hubo quienes me recomendaron escribir la historia netamente en kichwa, pero siento que no hay que escribir por escribir, sino porque finalmente lo que uno busca cuando escribe es poder compartir y que en alguna línea o frase entre quien nos lee y el que escribe exista una resonancia común.

Escribir es una cosa rara porque para tramar una historia necesitamos algo de soledad y una hora no muy ajetreada, pero a la vez no escribimos solos, nunca lo hacemos. Esta historia se escribe no solo con mi memoria, aquí se encuentran pasajes, momentos, recuerdos de mi abuela, de mi madre, amigos y desconocidos de quienes escuché algo en el bus o en alguna conversación de cafetería, por eso digo, que no escribimos solos. En este caso esta historia ha tenido la compañía de maestros, que sabiamente han sabido guiarme por este sendero, quizá a veces pecho de no saber escuchar, sin embargo, lo he intentado y cada palabra lo he tomado con mucha esperanza. Tal vez, ahí reposa el sentido de la minga y la comunidad que son concepciones de las comunidades indígenas en donde el otro es parte de lo que hacemos. Cada comentario y sugerencia de mi guía en este proceso ha sido necesario para que la novela encuentre su camino.

Cuando ascendemos a la montaña, generalmente, lo hacemos en la madrugada, con las sombras de una noche que se deja vencer por la luz del alba, y en esos angostos y resbaladizos caminos, hay un guía con una linterna que se adelanta reconociendo la ruta para orientar a quienes vamos detrás de él. Este camino junto a mi tutor me parece igual

o similar, no habría podido llegar hasta este punto si no fuera por la compañía de mis profesores. No busco llegar a la cumbre de esta montaña, quiero disfrutar del paisaje porque al menos para mí, la escritura se ha convertido en un espacio seguro; tan escaso en estos tiempos.

Esta es la razón principal por la que la novela no podría ser escrita en una sola lengua, porque eso sería apresurar una gran parte de la misma historia, dejar afuera muchas cosas que solo con el kichwa se pueden expresar. Dejar a un lado una de las dos lenguas y olvidar el bilingüismo propio de la novela sería no escucharla y tratar de que a empujones busque desde ya pertenecer a un género o espacio y no creo que sea el fin de *Nanaylla – Dejar que duela*.

Por otro lado, la realidad de los pueblos indígenas frente a la acelerada muerte de la lengua es inevitable. Somos el 7% de la población ecuatoriana, de ese porcentaje menos del 1% habla kichwa, entendiéndolo que el proceso de hablar es muy distinto a leer y escribir y sobre este tema también se extienden otras discusiones como la constante domesticación de los eruditos de la lengua kichwa sobre la forma en la que hablamos en nuestros campos; mezclando castellano y kichwa. Esta forma de hablar no sería la correcta para aquellos que construyen discursos de rescate de la lengua cuando más bien han acelerado la muerte de la misma, junto a otras lenguas amazónicas. Me quemarían por decir esto, pero es necesario. Hay que romper esa polarización entre el castellano y el kichwa, entre el indígena y el mestizo, hay que dejar de defender un esencialismo que ya no funciona, hay que derrumbar la idea de sacralidad del kichwa que la hace ver como una lengua difícil de aprenderla, hay que chapuchir, mezclar y encontrar otras tonalidades, hay que aprender a tejer en lo común y finalmente este es el objetivo de *Nanaylla- Dejar que duela*, una historia que mezcla el kichwa y el castellano como lo hacemos en nuestras casas. Esta historia y yo buscamos libertad.

Hoy por hoy, en cuanto al sentido de cómo entra el kichwa o el castellano en la novela, está comprendido. He intentado jugar con el lenguaje y la estructura del kichwa, finalmente el lector podrá entenderla. Cuando hablo de mezclar también me refiero a que la novela se configura con una gran dosis de poesía kichwa que en muchos casos son parte de los diálogos de los personajes o que se presentan como epígrafes de cada capítulo. Estos pequeños versos se asemejan a la construcción de los haikus, considerando que esta historia también se pasea por la cultura japonesa. Nuestra tesis es que la cosmovisión andina y la japonesa tienen muchas similitudes como seguramente habrá con otras

culturas del mundo pero que por una serie de intereses particulares he planteado que la cultura japonesa se convierta en aquello que le recuerde el lugar de su origen a la protagonista.

La historia de *Nanaylla - Dejar que duela*, toma lugar en dos espacios geográficos: la ruralidad ecuatoriana en una pequeña comunidad llamada Irua en la provincia azul y en Kioto provincia de Japón. Creo que realmente es una novela que escarba sobre la discusión de quiénes somos y a dónde pertenecemos, discusiones que tienen que ver con la identidad. Mientras escribo, no puedo encontrar y tampoco hablar de certezas porque nada de lo que en algún principio imaginé ha sucedido a pie de letra, más bien, en momentos he sentido que hay alguien más que yo, que diseña los personajes, los lugares, los viajes y los recuerdos de los protagonistas. A veces, pienso que también tiene mucho que ver con mi cercanía con el cine y como fotógrafa, he imaginado claramente los paisajes como si los estuviera viendo a través de una lente, igualmente pienso que crear un personaje es como animar una obra en stop motion, debo pensar en cómo camina, por dónde se mueve, hacia dónde sopla el viento, cuándo se mueve el cabello de la protagonista, y en cuanto a las memorias, se borra la frontera de lo vivido y lo creado para la historia. La novela es un enigma, porque ni el mismo escritor sabrá luego qué de lo que escribió fue real o no. Esto me parece realmente bello, como la escritura puede moldear nuestros recuerdos y hacernos creer que hemos vivido aquello que no fue.

Es un viaje distinto al que tenemos cuando leemos, este viaje está lleno de caminos que a veces parecen no encontrarse con ninguno, es un paisaje lleno de incertidumbre y de cuestionamientos constantes; he dudado sobre si soy capaz de crear, y en esos momentos me han acompañado algunos libros que han desenredado el nudo como el pequeño libro de Rainer María Rilke (1931,24) en *Cartas a un joven poeta* que manifiesta: “Usted mira a lo exterior, y esto, precisamente, es lo que no debe hacer ahora. Nadie le puede aconsejar ni ayudar; nadie. Solamente hay un medio: vuelva usted sobre sí”.

Comprendo en estas palabras que a menudo he pensado en el tipo de lector de mi novela, he pensado sobre el qué dirán y qué opinarán y he colocado sobre mi novela una carga innecesaria, pero esto solo he podido mirar leyendo a otros escritores que seguramente transitaron por un camino similar.

Volviendo a la historia de *Nanaylla - Dejar que duela* cuenta el viaje y el regreso de Mila, la protagonista que se aleja de su lugar de origen y se traslada a vivir en Japón,

gracias a una beca de estudio, luego de quedarse sola y de no sentirse parte de una comunidad en donde constantemente la rechazaron a ella y a sus abuelas por no configurar la familia tradicional.

La historia está matizada desde un mundo realista y también mágico, pues los personajes como la montaña y el lago toman la palabra para tejer esta cercanía que muchos pueblos resguardan con los seres tutelares de la naturaleza, por otro lado, los sueños también marcan de alguna forma la identidad de los habitantes de Irua y finalmente los muertos caminan en una dimensión paralela junto a la protagonista tanto en Irua como en Kioto. En este punto es necesario explicar lo mágico como la cotidianidad de los personajes en cada uno de sus lugares ya sea tejiendo, sembrando, caminando o simplemente tomando una taza de té, afuera está ocurriendo algo que a veces pasa desapercibido.

Luego de doce años de vivir en Japón, la protagonista se encuentra con un fotógrafo kichwa que le habla sobre un nuevo complejo turístico que va ser construido justo donde la casa de su infancia se encuentra, en ese momento, ella se enfrenta al derrumbe de esa casa y toma la decisión de regresar a Irua para ser ella precisamente la que diseñe el nuevo complejo turístico, esto con la finalidad de acabar de una vez por todas el lazo que ha sentido desde que salió de su comunidad con la casa de su infancia. Los recuerdos la llevan siempre a pensar en Irua a pesar de encontrarse lejos, en ese mismo encuentro la protagonista experimenta un dolor en sus ojos; es el inicio de su paulatina pérdida de la vista, no sabe si podrá ver o no a Irua así que esa es otra motivación para irse, pero en el fondo con el propósito de regresar a Kioto.

La problemática de la protagonista se plasma en la idea de que los seres humanos somos eso que se va y vuelve. Dejamos un camino a medio andar y finalmente volvemos a recorrerlo. Intento abarcar el concepto de la ciclicidad con la que muchos pueblos indígenas interpretan el mundo. La vida es un constante ir y venir.

Otro aspecto que tomar en cuenta es que, Mila al llegar a Irua no logrará concretar su trabajo porque pierde la vista y la fundamentación para esto es que la novela intenta hablar de aquello que vemos sin ver, de aquello que a pesar de que tengamos la capacidad de observar no la vemos. Pienso que también intenta tocar el tema del abandono y la soledad de la protagonista. En este punto, la casa de las abuelas juega un papel importante porque esa casa es el vínculo directo que la protagonista tiene con su memoria y su

identidad. La casa ha estado abandonada por doce años luego de la muerte y desaparición de sus abuelas y tía, y que la obligan a irse de ese lugar. Mila transita en un ambiente fantástico; cuando ella vuelve a la casa, esta al parecer también vuelve a tener vida, dicho de alguna manera, los espíritus de Irua habitan el lugar como si estuvieran vivos. Para entender mejor esta parte me gustaría citar a Bachelard:

La casa es nuestro rincón del mundo. Es —se ha dicho con frecuencia— nuestro primer universo. Es realmente un cosmos. Un cosmos en toda la acepción del término. Vista íntimamente, la vivienda más humilde ¿no es la más bella? Los escritores de la “habitación humilde” evocan a menudo ese elemento de la poética del espacio. Pero dicha evocación peca de sucinta. Como tienen poco que describir en la humilde vivienda, no permanecen mucho en ella. Caracterizan la habitación humilde en su actualidad, sin vivir realmente su calidad primitiva, calidad que pertenece a todos, ricos o pobres, si aceptan soñar (2012, 24).

La casa de las abuelas, para Mila, representa a la vez ese cordón umbilical que la ata y que no la deja durante su estadía en Kioto. Por eso en la novela, la protagonista estará constantemente recordando su infancia porque todas sus memorias están incrustadas en aquella casa, por otro lado, también podría plantearse a Irua como otra casa a la que Mila quiere derrumbar con la idea de sentirse finalmente parte de un espacio que en este caso sería Kioto.

En este sentido, escribir y configurar los escenarios de Irua ha sido menos compleja que describir una ciudad que no conozco, como lo es Kioto. En Irua pasa que es una comunidad rural, donde la mayoría de los habitantes son campesinos y tejedores, para ello he utilizado las memorias de mis propias vivencias en mi comunidad. En el caso de Kioto he estudiado Japón desde su literatura con escritores como: Junichiro Tanizaki, Yukio Mishima, Kazuo Ishiguro y Yasunari Kawabata, en ese mismo sentido he conocido Kioto a través de fotografías, mapas en la red, el cine japonés (Studio Ghibli y Akira Kurosawa) y los relatos de turistas que han viajado a este lugar. Con estas herramientas he construido algunos parajes de Kioto donde Mila en sus principios se desarrolla como personaje y donde encuentra sus cercanías con su propia cultura. En cuanto a la construcción del ambiente más cercano me han acompañado los textos de Rulfo, Woolf, Cortázar, Arguedas y Duras; sobre todo como guía para estructurar los diálogos y acercarme a la psicología de los personajes.

En resumen, la motivación de la novela como ya lo he mencionado anteriormente es jugar con aspectos como: la fantasía, el mundo onírico y la realidad, en una línea de

tiempo contemporánea. La historia de *Nanaylla – Dejar que duela* transversa varios aspectos y problemáticas de la sociedad actual como la memoria, la resistencia, la violencia, el migrar, el regreso, la nostalgia, el olvido; y busca desmarcarse del marco folclórico con el que han sido narradas las historias de los cuerpos indígenas y sus realidades; en resumen, es una historia en la que cualquiera puede encontrar resonancias.

Si bien es cierto que la escritura es aquello que nos permite reconocernos en las líneas que escribimos, también es una actividad de constancia. No hay nada más cierto en la frase popular: que la inspiración nos encuentre trabajando. Antes consideraba que la escritura es una actividad netamente de la inspiración y que uno debe saber esperar pacientemente ese momento, creo que, en buena parte, debe haber algo que nos inspira de por sí cuando escribimos una historia, sin embargo, cuando la inspiración no llega, hay que escribir sin ella, hay que preparar el camino, hay que seguir moviendo las manos y planificando lo que sigue. Particularmente, a mí me ha servido dibujar algunas cosas de la historia, como, por ejemplo: la casa de Miyo-san en Yanaka – Tokio cuando Mila llega o el museo Jotenkaku donde se exponen las fotografías de Haku, o borrosamente he intentado dibujar a Murasaki amiga de Mila. Dibujar me ha permitido desenredar algunas cosas de la historia. En este punto me gustaría citar las palabras de Kurosawa cuando habla sobre la escritura: “La tediosa tarea de la escritura tiene que convertirse en un hábito para ti. Si te sientas y escribes tranquilamente durante todo el día habrás escrito, por lo menos, dos o tres páginas incluso si te lleva mucho esfuerzo. Si sigues así con el tiempo tendrás unas doscientos páginas”.

Considero que la escritura es un acto de paciencia, de descubrimiento y asombro o al menos para mí así lo ha sido. Ha habido días en los que ni siquiera he sabido cómo continuar, qué más escribir, me he levantado en las mañanas con la lengua vacía de palabras y aun así me he sentado frente a la pantalla y solo he movido los dedos, y pasa que cuando vuelvo a leer lo escrito me asombro de algunas cosas que ni siquiera había imaginado. Esta sensación me hace regresar siempre a la montaña, no podría decir que soy una experta en montañismo, pero es una actividad que regularmente practico.

En el montañismo suelen decir que hay que caminar sin mirar la cumbre, hay que caminar mirando al piso o a los lados, mirar aquello que está sucediendo en ese momento, sin tanto anhelo de la cumbre; el que camina hacia la montaña mirando constantemente a la cumbre se cansa más rápido y la mente inmediatamente se frustra. Otros dan pasos largos sin pensar que más adelante tendrán necesariamente que sentarse a descansar

mientras quienes dan pasos cortos guardan su energía y siguen despacio, pero sin agotar tanto al cuerpo. Eso es constancia. Esta es una sensación que siento con el proceso de la escritura de *Nanaylla - Dejar que duela*. Escribir despacio, aunque el tiempo esté en contra. Hay que acostumbrarse a la tarea de escribir.

En la escritura no se si estoy subiendo, pero estoy andando, estoy conociendo lugares que no pensé conocer, he hecho amigas sin necesidad de la materialidad. Los avances de la historia me hacen sentir como todas las veces que he caminado hacia una montaña; es un descubrimiento en todo sentido. Para mí la escritura es una gran montaña que no pide que lleguemos a la cumbre, porque eso es lo de menos. Son los pasos dados y los caminos dejados atrás. Voltear a mirar atrás y pensar para uno mismo, la distancia que hemos caminado.

En las montañas he inventado toda clase de historias no escritas y ella me ha dado la libertad de imaginar que puedo seguir andando. Allá escribiendo con los pies y acá escribiendo con las manos.

En estos meses también he intentado construir una habitación propia para escribir como Virginia Woolf dice, y de acuerdo con ella, la habitación propia no solo es el espacio físico donde estemos a solas. La habitación propia se refiere a estar lo menos preocupada por otras cosas como los gastos, la comida, la familia y en ese sentido debo mencionar que hay cargas que a veces limitan nuestro proceso creativo. Cómo hacer para dedicarnos de lleno a la escritura, es otra duda a la que aún no he encontrado respuesta.

La novela es un conflicto desde su estructura hasta su misma historia, realmente nunca sé cómo va a terminar. He planeado varios finales y cada vez que avanzo, otros finales asoman como pequeños retoños negándose a no ser tomados en cuenta. Así más bien, la novela sola se abre paso, se escribe y se diseña.

Ahora bien, hablando de lleno de la novela, la complejidad de los personajes se nutre de su pasado, de lo vivido. Sacan a flote sus memorias y los espacios habitados. En toda la novela lo que conocemos son varios pasados, uno el pasado reciente de Mila al volver a Irua y el otro que representa el pasado de su infancia, sus recuerdos antes de irse a Japón, la vida de sus abuelas y el ayer de Irua. En esos pasados conocemos las personalidades, el carácter o el temperamento de cada uno de los personajes.

La escritura de *Nanaylla – Deja que duela* en general se centra en los detalles, teniendo como foco lo pequeño o lo simple como el motor para la descripción de los parajes que visitamos en la novela. La descripción del paisaje es vital para mí, quiero que la novela se impregne de imágenes, que cuando alguien como Mila pierde la vista, pueda imaginarse o recordar los atardeceres o el frío de los lugares que llegamos a habitar.

La ceguera no es el límite de la visión en *Nanaylla – Dejar que duela*, y para escribir esta parte ha sido necesario cerrar los ojos y tocar las texturas, en un mundo desmedido por la imagen donde a veces pasamos los ojos de corrido sin detenernos a ver, la escritura de esta novela me ha dejado descansar la vista en los detalles que olvidamos poner atención. La imposibilidad de Mila, al no poder ver, la introduce a ese otro mundo onírico o mágico del que era parte cuando era niña y precisamente esa incapacidad la acerca a sus ancestros.

Este proceso no puede dejar de ser un tejido para mí, en muchos momentos he perdido el hilo, los nudos me fastidiaron y, sin embargo, la historia ha sabido darse los modos para continuar urdiendo en la soledad de una habitación, o con el sonido particular de una biblioteca y en el mejor de los casos con la compañía de otros libros que ahora son parte de los hilos que tejen *Nanaylla- dejar que duela*. Usharishkaman shimita shitachishpa, shunguwanga yuyashpa yura fangakunata awashpa katishkani, ñuka ñawpashka ayllukunawan pakta.

Hasta el momento la novela ha sido pensada en cinco capítulos. En esta oportunidad presento dos de ellos. En el primero, el lector conoce las razones del exilio, por así decir, de la protagonista entre una mezcla de recuerdos y memorias de su infancia e incluso los pasados de las abuelas. Sutilmente la novela intenta tocar el amor que se tienen Elena y Mercedes, que también sería una de las razones de que la comunidad constantemente las haga de lado. Asimismo, intenta explorar el amor que hay entre Mila, un ser de esta dimensión y Haku que viene del mundo de los muertos. Él se enamora de ella luego de que Mercedes hiciera un trato con Haku en el mundo de abajo (profundidades del lago Nina) para que él vaya a buscar a Mila y la traiga de vuelta porque solo así Mercedes podrá ver una vez más a Elena y despedirse, por otro lado, Haku acepta ya que solo así podrá pasar al otro lado de la montaña y liberar su alma del frío mundo de abajo, donde empieza el kayshu pacha/ la otra vida.

Entre el capítulo cuatro al cinco se narrará la pérdida total de la vista de Mila, sus miedos y el nuevo mundo en el que tiene que transitar, estando ahí Mila podrá ver con más claridad el mundo de los sueños, muertos y sus espíritus, pero el mundo real será una espesa neblina en el que Murasaki la acompañará hasta restaurar Irua. Haku al final decide deambular como un espíritu para acompañar a Mila en el mundo de dónde él viene, Mercedes logra reencontrarse con Elena porque Mila decide abandonar el proyecto del complejo turístico e insta a las pocas familias que quedan en Irua que recuperen sus tierras y las vuelvan a habitar. Al abandonar el proyecto turístico decide restaurar la casa de las abuelas, esa reconstrucción es la que le permite a Mercedes volver a estar con Elena y es una invitación a quedarse en Irua, en paralelo sucede en Japón un gran temblor y la señora Miyo muere, esa muerte vuelve a romper a Mila, pero su ceguera le permite ver en los sueños a la anciana y despedirse de ella.

Murasaki por un lado debe regresar, le pide a Mila volver a Japón con ella, pero decide quedarse en la casa de las abuelas que ahora es habitada por todos los espíritus que alguna vez ella conoció. Mila y Haku no pueden estar más juntos puesto que el mundo de abajo reclama el alma de Haku, por ende, hacen la promesa de buscarse en la otra vida y la señal será encontrarse debajo de un árbol pinllu. Se despiden. De ahí en adelante no hay nadie más en el mundo de los vivos ni en el de los espíritus que guíen a Mila por lo que ella aprende a convivir sola con su ceguera. La última escena de la historia sucede después de que ella tiene un sueño caminando hacía la montaña una tarde que después de 50 años en el cielo las constelaciones de Venus y Júpiter están juntas, según los relatos de los viejos decían que en ese evento astronómico el tiempo permitía a los vivos y muertos pasar juntos por un par de días. Ella camina por los sembríos verdes de la época, siguiendo un camino del que no volverá, detrás de ella la acompaña un perro blanco y sobre ella vuela una bandada de garzas.

En un principio se consideró escribir una novela pequeña que constará entre 80 y 120 páginas, pero al momento nos hemos dado cuenta que es una historia mucho más larga que podría constar entre 200 a 250 páginas, por ende, este texto solo es el principio de una novela que, como he dicho antes, se va construyendo poco a poco, con resonancias comunes y silencios compartidos. *Nanaylla – dejar que duela* apela de alguna forma al regreso, a ese volver por los mundos de la fantasía como cuando somos niños, es aquello que nos incita a regresar a la llakta, a la pampa de donde a veces salimos. *Nanaylla* quiere decir: *dejar que duela* y no se refiere a un sentido angustiante del dolor sino al dolor como

una puerta que todos de alguna forma cruzamos, cerramos, abrimos y de vez en cuando volvemos a abrir para reencontrarnos con los recuerdos que activan nuestras memorias; un lugar al que regresamos para sanar o aprender. Esta visión ligada al pensamiento de los pocos abuelos y abuelas que aún quedan en los territorios, en el campo donde el pensamiento de la ciudad aprende en la sencillez de la cotidianeidad, de la siembra y la cosecha como el ciclo mismo de la vida humana.

Esta historia navega en esos mundos: los dos. *Ishkay kawsaypi, ishkay yuyaypi, tawka shimikunawan*, sin pretender darle voz a nada ni a nadie, más bien con la intención férrea de defender mi individualidad y la imaginación en la que los personajes de esta historia hacen camino como el fragmento del poema de Antonio Machado, *Proverbios y Cantares* (2020, 207) cuando dice: Caminante, no hay camino, se hace camino al andar [...] de la misma forma, esta historia está surcando su camino y en ese sentido mis manos sólo son el vehículo de las palabras dictadas por alguien que aún no conozco.

Nanaylla - Dejar que duela

Wayra Velásquez

¡Llévame! Esta noche muy negra y muy sombría:
La muerte por los mundos anda de cacería.
Hazme olvidar lo mucho que
me pesa en los hombros.
Esta carga pesada de
Pesados escombros.
(Alfonsina Storni)

Camino a su entierro
la lluvia arrastró sus días tristes;
se llevó cada trozo de sufrimiento.
Su cuerpo acabó ahogado
en un charco de lodo
con todas sus historias
(Susi Bentzulul)

Pero su soledad, aun en medio de muy inusitadas condiciones,
le será sostén y hogar;
y desde ella encontrará usted todos sus caminos
(Rainer María Rilke)

¿Maymandata kanki hatuku?
Ñuka, sara ukumanda kani
sara ukuman tigrani.
(Rosa Elena Guamán)

Primera parte

I**Nanaylla – Dejar que duela**

Esa fue la última vez que sus ojos pudieron ver a Venus y Júpiter juntos en el firmamento.

La atmósfera del día en que llegó parecía un cuadro pintado con colores grises al óleo, así, con sus relieves y sus texturas. Nubes grandes cubrían el color azul que esperaba ver a su llegada, pero solo era la anticipación de que la lluvia la recibiría al lugar donde pensó no regresar. Aterrizó en Quito antes del anochecer. No demoró tanto para dirigirse a la salida, llevaba con ella una mediana maleta negra con ruedas y una mochila a su espalda.

Siempre prefirió llevar poca carga como mama Elena le había enseñado. Hay que saber caminar con las manos libres, para saber tomar lo que el camino te da – fangallami purina kanchi, kingushpa, imapash rikuripika shunguwan japingapa.

Fijó su mirada en la puerta de salida. Los aeropuertos y los hospitales siempre parecieron lugares donde las personas que se van dejan algo en esa liminal línea de un espacio a otro. Se resistía a caminar por ese tramo donde las lágrimas caían, y los brazos desesperados abrazaban un cuerpo como el último recurso para convencer a alguien de quedarse. Otros en cambio, entrelazaban sus bocas, pero esos besos llenos de pasión y de ansiedad frente a la partida no servían de nada a la hora de irse. Algunas personas caminaban lento esperando que alguien vaya para el ritual de la despedida, pero no. El que mucho se despide o se demora en irse, en realidad no quiere irse, recordó Mila. Total, es que no solo la soledad y la tristeza se extendían en ese ambiente, sino también las carcajadas, los saltos de alegría y las lágrimas que no siempre salen cuando a uno le duele el alma; el lenguaje de la alegría, muchas veces era ver a los ojos llover, correr por las mejillas y secarse en el pecho de aquellos a los que volvemos. Caminó con cierta premura, obligando a sus ojos a mirar las cosas más banales del aeropuerto y no a las personas. El

clima de Quito ya era suficiente y con la tormenta de emociones que se respiraba en ese lugar, su corazón se fracturó al saber que a ella nadie la esperaba.

Superado el reto, salió del aeropuerto y se detuvo entre la salida y la entrada donde el sensor de la puerta era el único que le daba la bienvenida. Ella que llevaba una chompa de color menta se detuvo y alzó su mirada al cielo; la lluvia cayó sobre su rostro y las gotas de agua se mezclaban con una que otra lágrima que no pudo resistir a quedarse en el corazón. Porque las lágrimas ahí viven, en el corazón.

— ¿Qué haces, hatuku?

— Es para que no te mojes, chayta tamia shamujunmari. Hay que ir prontito a traer el ganado. ¿Na mutiyangapa munangichu, nachu, no cierto?

Los pies descalzos de una mujer adulta y una niña se apresuraban por aquel camino de tierra cubierto por chillka y eucalipto. De pronto, sin dar tregua la lluvia cayó como si el cielo lanzara un balde de agua sobre la abuela y la niña. Soltaron a las vacas y las dejaron para que sigan comiendo. Mientras tanto se escondieron debajo de una zanja, pero a ese punto ya estaban casi empapadas. Mama Elena miraba hipnotizada cómo la lluvia chocaba en el suelo y formaba círculos desde el más pequeño hasta el más grande. Se desprendían de esas ondas, gotas que golpeaban en su anaco y sus pies. Salió de la zanja y volteó la mirada hacia Mila.

— ¿Shamuy, ven a mojarte conmigo?

— ¿Puedo mojarme? ¿No me vas a regañar, hatuku?

Mama Elena pisó sobre un charco de agua y empezó a saltar como una niña. La tomó de las dos manos y juntas saltaron hasta lograr que el charco se convirtiera en un lodazal. Estaban totalmente mojadas y cubiertas de lodo y hojarasca. Se reían a carcajadas.

De la lluvia, ese era el recuerdo más bonito que tenía antes de que mama Elena se fuera.

Quiso repetir ese momento, pararse en la mitad de la calle y dejar que la lluvia la hiciera suya. Pero no, ya había crecido y hay ciertas normas que los adultos deben seguir. Además, ya no está mama Elena, qué sentido tenía. Regresó del recuerdo y buscó un taxi para embarcarse hacia Irua.

Levantó su mano derecha en señal para que algún taxi se detuviera. Pasó uno, pasó otro y nada. De pronto, un taxi le hizo una señal con las luces y mientras se preparaba y

agarraba bien su maleta, un hombre de terno bien elegante se subió al taxi que ella había parado. Soy invisible, lo sigo siendo, pensó Mila.

Caminó en busca de otro taxi, pero a esa hora la cosa era más compleja que solo alzar la mano derecha. Cuando se disponía a caminar hasta el bus para salir del aeropuerto y tomar un taxi afuera, un auto de color vino se detuvo frente a ella.

—Le llevo señorita, le cobro barato a dónde sea que vaya. Se va a mojar.

Era un hombre gordo con ojos de niño y un rostro amable. Mila tenía la extraña manía de mirar las manos de las personas antes de hablarles, o en este caso, antes de subirse a un taxi; el hombre tenía las manos gruesas, gorditas como el resto de su cuerpo, uñas cortas y algo sucias alrededor de los dedos. Tenía un pequeño lunar en su dedo anular de la mano izquierda. Los nudillos de los dedos eran como un campo al que recién habían hecho surcos y por la parte superior de sus manos se lograba distinguir sus anchas y gruesas venas de color verde oscuro. Mila recordó las manos de Mercedes que era más corpulenta que mama Elena, así que sin pensarlo mucho se subió al taxi.

—Ahora sí, dígame usted a dónde la llevo - Le dijo el taxista.

— ¿Necesito llegar a Irua, usted sabe cómo llegar, cierto? - respondió Mila.

— ¡Cómo no voy a saber! El taxista dibujó una gran sonrisa en sus labios. Soy de un pueblo cercano. También soy de la provincia de los lagos.

Era más amable y hablador de lo que ella había pensado. Tenía dos opciones: hacerse la dormida o charlar con él durante casi dos horas de viaje. Y la verdad que lo último siempre le fue complejo. Aprendió a muy temprana edad a decir siempre lo justo y lo necesario. Así que haría lo primero. Fingió varios bostezos y se frotó los ojos.

—Seguramente fue un largo viaje —dijo el taxista—, duerma tranquila, yo le despierto cuando estemos cerca.

—Gracias —respondió Mila—.

Arrimó su cabeza sobre la ventana por donde caía la lluvia y solo cerró sus ojos. Los recuerdos le hacían compañía y las voces de su cabeza la obligaban a estar despierta.

Mila era una muchacha huesuda; mama Elena siempre le decía que sus huesos estaban forrados de solo pellejo. Desde muy pequeña caminaba lento y a menudo se detenía a ver los insectos que afanosamente trabajaban en la tierra. Sus manos eran pequeñas, sus dedos delgados, sus palmas estaban cuarteadas como un muro de tierra al que el tiempo le insinuaba su derrumbe. La línea de la vida según la quiromancia decía que moriría joven. Esas son patrañas, mentiras; vas a vivir hasta que la última fibra de tu largo cabello se haga blanco y tu piel se llene de más lunares.

—Señorita, señorita —dijo el taxista—.

— ¿Ya llegamos?

—No —contestó el taxista—, solo quería decirle que voy a entrar a la gasolinera a cargar el tanque del auto, por si usted quiere ir al baño o comprarse algo.

—Sí, necesito salir un momento —respondió Mila—.

Bajó del auto mientras el taxista cargaba gasolina. Mila fue al baño y lo primero que hizo fue mirarse en el espejo en primerísimo primer plano, se detuvo en sus pupilas.

Tienes los mismos ojos cristalinos, la misma mirada asustada de cuando naciste y caíste en mis brazos la primera vez. El iris de sus ojos eran una especie de tejido de pigmento marrón, las fibras que la conformaban parecían las dunas que se forman en el desierto. Pequeñas olas de tierra casi negra como los terrones con los que jugaba luego de hacer surcos en la tierra en las épocas de Kuya Raymi. Largas y negras pestañas. Una nariz respingada desde la que se desprendía la osa mayor, la cruz del Sur y Andrómeda por toda la piel que forraba su rostro. Un millar más de constelaciones que simulaban a las estrellas en las noches frías de verano donde el viento silba para arrullar a los pájaros que duermen entre las ramas de los eucaliptos. Mila era una mujer de estatura mediana, de una boca pequeña como la de un gorrión y sus pómulos solían enrojecerse cuando se sentía escrutada por otras miradas.

Abrió la llave de agua, la tomó entre sus manos y bajó su cabeza para mojarse y regresar de las memorias que estaban hablando desde que pisó Quito. Llegó a la conclusión de que era mejor conversar con el taxista y no darles chance a los recuerdos de hacer lo suyo durante el viaje como ya lo habían hecho.

Ahí estaba parado a un lado de la gasolinera esperando. Con la misma sonrisa con la que lo conoció. ¿Quién es este hombre? ¿Por qué es así? Se acercó.

— ¿Me demoré mucho? — dijo Mila—.

—Tranquila, no pasa nada. ¿Pudo dormir bien?

—Sí, un poco.

La lluvia no daba señales de detenerse. El cielo ya casi se había tornado totalmente oscuro y los alumbrados de los pueblos por los que pasaban parpadeaban también de frío.

— ¿Hace mucho frío no? —dijo Mila con interés de entablar una conversación—.

—Sí. —dijo el taxista—, sabe que creo que hoy empezó la temporada de lluvia porque en la mañana el sol solo salió un ratito y desde la tarde que el clima está mordiendo.

El día que se fue de Irua doce años atrás, extrañamente el sol brillaba más fuerte que nunca, y el cielo era un gran textil de azul entero con diminutos bordados blancos que casi no se notaban, los pájaros silbaban al igual que los cantos de las personas. Se fue en verano. Las hojas de maíz se deshacían como cenizas por el fuerte viento que soplaba, los caminos secos y polvorientos cuarteaban las manos de los campesinos. Aquellos meses pocas casas en Irua sostenían la costumbre de hacer chicha y cocinar mote, las familias se juntaban para hacer sonar el churu, la gaita y los bandolines que, con el zapateo que siempre le pareció a Mila una caricia al corazón, formaban los días festivos en honor a la cosecha de cada año. Mientras todos bebían en la comuna, bailaban y otros se peleaban. Mila recogía apresuradamente sus cosas, empacó un par de anacos, las blusas bordadas por mama Elena, las wallkas de Mercedes y una piedra que recogió mientras caminaba los últimos días por los páramos del volcán Shunku antes de irse a Japón.

— ¿Está todo listo? —preguntó Mila—.

—Todo listo —respondió el taxista—, de aquí ya no paramos en ningún lado a menos que usted lo requiera señorita.

El taxista encendió el auto, salieron de la gasolinera y atravesaron un pequeño pueblo; a esa hora a los lados de la carretera la gente levantaba pausadamente sus pequeños puestos de frutas que se daban en aquel lugar. Estaba un hombre casi viejo con una niña en brazos que era el único que no levantaba su puesto; quizá esperando que alguien fuera por ellos. Pasaron un redondel e iniciaron su descenso. La lluvia cesó de pronto como si alguien súbitamente así lo hubiera decretado, mientras el carro seguía el serpenteado camino, el cielo estaba despejado, las estrellas titilaban y el viento silbaba suave. Al cruzar el puente de un pequeño río, se extendía una larga fila de autos que subían lentamente como si gigantes cargaran piedras a sus espaldas. Parecían que entraban a otro mundo.

*Mayman rishpapash
maypi hapirishpash
wayraka kutinmi tangamunga
kay allpamanmi tigramungui
kaypimi kamba yahuar, kamba aycha.*

La noche antes de su viaje, tuvo un sueño con una serpiente que le enrollaba la cintura, su color era extremadamente bello, sus escamas parecían las hojas secas que caen de los capulíes: ocres y tonos de verdes. Su cuerpo llevaba tatuados tejidos de estrellas y árboles como los chumbis que sostenían los anacos de ella y de sus abuelas. Enseguida, en el sueño la serpiente se transformó en mama Elena que le decía: Regresarás donde sea que vuelvas a retoñar, regresarás, pues aquí está tu sangre y tu carne. En los sueños descubrirás tu destino.

Las abuelas se sentaban todas las mañanas para contar lo que habían soñado la noche anterior mientras se trenzaban sus largas cabelleras.

— ¿Kanka imata muskurkangi wawa? —le preguntaba Mercedes sobre lo que había soñado.

— ¿Ñuka? —respondía Mila—, na yarini, hatuku.

—Na yarini, no recuerdo.

Esa frase resonaba con un largo y perpetuo eco; despertó y sabía que ese día se marcharía para siempre.

Desde que las abuelas se fueron, a Mila le costaba dormir. A menudo se despertaba a las cuatro de la madrugada y se quedaba mirando al techo; ese techo que se convertía en un agujero negro donde los cuerpos más diminutos eran devorados cada segundo: ella podía escuchar los latidos del corazón de las moscas, de las libélulas, de los zancudos que quedaban atrapados en el tejido de las arañas que abundaban en casa. Es el ropaje del abandono, de una casa que se quedará sola, con sus memorias y los paisajes del pasado.

— ¿De dónde viene usted? —interrumpió la pregunta el taxista—.

Un largo silencio se incrustó. Mila tenía la mirada perdida en las imágenes del pasado.

—Perdón —dijo Mila— ¿Me pregunto algo?

—Sí —respondió el taxista—, le preguntaba de dónde viene.

—De Japón —dijo Mila—, de un lugar llamado Kioto.

— ¿Y cómo es allá? ¿Está muy lejos, ¿no? ¿Trabaja o estudia? ¿La acompaña su familia o vive sola?

Eran muchas preguntas. Casi las mismas que le hicieron cuando se fue del país. En los aeropuertos todos querían saber para qué se iba y cuándo iba a volver. Mila había intentado irse casi tres años y dejar Irua. Quería empezar de nuevo, encontrar un lugar donde sentirse parte de algo o de alguien, descargar en algún lugar el peso de saber que mama Elena había muerto y que Mercedes había desaparecido extrañamente unas semanas después. Nunca supo cómo sobrellevar esa sensación de orfandad y angustia.

Mama Elena, era una mujer delgada y de piel color tierra, Mercedes le decía que era una longa de ojos gatos, no por el color verde o azul ni nada de eso, se refería a la intensidad con la que miraba, una mezcla de rabia y dolor. Se casó siendo niña aún con Luis que le llevaba 13 años de diferencia. Ese era el destino de casi todas las niñas en Irua. Un hombre que poco la quería, la golpeaba y la humillaba cada vez que podía; las mujeres y las niñas en Irua estaban sujetas al marido, a los hijos y la casa. Tuvo cuatro hijos de los cuales solo crecieron tres: Manuel, Indi, Rawa y Maruja. Esta última era la única hija que le quedaba. Manuel salió muy joven a trabajar en la capital y nunca más volvió, la vida era tan precaria que él siempre tuvo ganas de huir, de salir de aquel lugar mientras en Elena se alojaba una sempiterna angustia porque nunca supo si su único hijo varón vivía o simplemente había olvidado su casa y a su madre. Era lo más probable. Indi y Rawa eran mellizas, una cosa extraña en la familia de Elena, aunque habían nacido el mismo día solo con unas cuantas horas de diferencia, ambas eran muy distintas. Indi era mucho más flaca que Rawa, tenía unos ojos enormes que parecían ocupar todo su rostro; sus ojos poblados por largas y negras pestañas, cuando se movían asemejaban al movimiento de la paja en el páramo, *uksha ñavi kanki*. *Puncha, puncha kanki*, andaba como un ternero recién parido, temblorosa y tímida, de cuerpo más bien pequeño, y siempre enfermiza. Luis, el papá la golpeaba por ser muy débil y no poder cargar el azadón para remover la tierra en épocas de siembra.

Rawa quería mucho a Indi, por eso ella siempre hacía las cosas del campo más que su hermana. Si había que cargar agua del pozo, Rawa cargaba el galón más grande. Hacia lo que fuere necesario para que el taita Luis no las golpee ni a ellas ni a su madre. Indi enfermó muy pronto, murió de hambre.

—Terminé mis estudios de arquitectura en Tokio —respondió Mila—, y luego me mudé a vivir en Kioto que está a seis horas de viaje desde la capital.

—Ah, ah, ah —dijo con asombro el taxista—, no es tan lejos. Vea señorita. ¿Cómo así usted se fue a estudiar arquitectura tan lejos?

Kioto era una ciudad un poco más tradicional que la capital. Allí desarrolló sus proyectos de arquitectura y trabajó para una constructora local que se dedicaba a restaurar y construir casas tradicionales. Nunca fue una muchacha muy sociable. Hablaba lo justo y necesario. Prefería salir a caminar sola más que acompañada, quizá porque ya había pasado por tantas pérdidas que ya no quería sentir que nadie más la abandonaba. En primavera, Kioto se vestía de los colores más celestiales que podía ver, flores violetas, rosas y el verde favorito de Mila inevitablemente la transportaban a ese lugar donde creció. En marzo y abril, Irua y Japón florecían juntos. Aunque en Irua el color predominante era el verde, el amarillo, el azul y el wamintzi, un llamativo color semejante al fucsia que crecía en las zanjas y peñascos rumbo a las montañas en forma de unas pequeñas y sutiles orquídeas silvestres, pero también era el color del rebozo de las mujeres de Irua que solían colocarse en festividades. El florecimiento en Irua se diferenciaba por sus sembríos de maíz, fréjol y chochos. En Japón los colores eran más suaves por la infinidad de cerezos que pintaban el florecimiento en esa parte del mundo. El tiempo que permaneció en Kioto no hizo muchas amistades, su personalidad reservada era compatible con el silencio de los japoneses.

Una madrugada tranquila, sin vientos, con pocas nubes y una luna llena, Elena soñaba:

—Apanalla kani, debo llevármela. La wawa ya me dijo que no quiere estar más aquí, todavía te quedan dos. Habló el volcán Shunku que llevaba puesto un gran poncho verdoso y en sus gruesas manos una sábana blanca.

Las niñas dormían al lado izquierdo de Elena cuando despertó, giró hacia Indi y la abrazó fuerte. Sus lágrimas caían sobre la cabeza de la niña. Ella sabía que soñar con una sábana blanca era la muerte abrigando a la niña, Rawa dormía profundamente y Luis no había llegado a casa. Debe andar por ahí bebiendo o jugando, su familia no le importa, pensaba Elena. Por el corredor miró la silueta de una persona que se sentó junto a ella y le dijo lo mismo que acaba de soñar, Indi tenía que irse, escuchó el último suspiro como despedida, y ya nunca más pudo sentir el latido suave de su corazón. Eran las cuatro de la mañana. Tenía 12 años.

—Rikupangi, ama jichupankichu, no la abandones, que sea una bella ave y dile que me venga a ver —le dijo Elena a la silueta que llegó por Indi—. En el fondo sabía que era lo mejor y que ese no era el final.

—Shamungami... vendrá —le dijo el volcán Shunku—.

Se levantó del piso donde dormían con las wawas, cobijó a Rawa y tomó el cuerpo de Indi. La llevó al centro de la casa donde su abuela le había dicho que hay que velar a los muertos. Allí calentó agua con un poco de hojas de tifo, marco y ortiga y limpió su suave cuerpo, luego sacó la blusa que ella le había estado bordando; una flor de papa de colores morados, violetas, malva con pequeñas manchas de cardenillo y verde, le puso el anaco; blanco y negro, su pequeña wallka y makiguatana. Indi jamás se acostumbró a llevar puesto los alpargates o algún tipo de calzado, le encantaba hundir sus pequeños pies en la tierra o sentir el cosquilleo que le provocaba la hierba por lo que la envió con los pies descalzos. En una mesa improvisada la acostó, prendió un par de velas y salió antes de que el sol asomara por el filo del taita Shunku, mientras caminaba a casa de Mercedes lloraba de dolor y a la vez de tranquilidad.

Mercedes era cuñada de Elena porque estaba casada con el hermano de Luis, Francisco. Las dos eran del mismo sector, pero vivían en comunidades diferentes, Mercedes era de Pivarinci, que quedaba al frente de Irua. El lago Nina separaba a las dos comunidades. Cuando Mercedes se casó con Francisco se mudó a vivir en Irua y allí conoció a Elena. Tenían una vida similar: golpes, abusos, un te quiero a medias, alcohol y un sinfín de infidelidades. Mercedes era mucho más corpulenta y alta, más seria y aunque solo tenía 16 años cuando se tuvo que casar, parecía que ya sabía todo lo que tenía que ver con la vida. A menudo sarcástica y otras demasiado directa. No le importaba mucho lo que la gente pudiera decir de ella. Tenía el cabello más negro que las noches sin luna y era tan largo que en una ocasión, Francisco la ahorcó con su propio cabello mientras la golpeaba en el vientre.

—Mercedes, mingachiguay, ¿kaypichu kangui? —le decía Elena mientras golpeaba la puerta de la casa de Mercedes.

El sol ya había salido y la luz alumbraba con un brillo especial el paisaje de Irua. Los pájaros cantaban festivos mientras Elena no dejaba de llorar.

—Yaykumuylla, entra pues, questas parada allá —le respondió Mercedes—. Hincada en la tullpa recogiendo la ceniza para encenderla. Cuando volteo, Elena se echó sobre ella y soltó un desgarrador canto... ñuka wawalla, ñuka urpigulla. Mi wawita, mi palomita, solita sakiguan. Ñuka purutu sisagu, mi flor de papa, mi pequeña kindi. Sakiwan, me deja, me deja...

— ¿Por qué lloras, qué le pasó a la Indi? —le preguntó Mercedes—.

—Ayayay, shunguta nanan. Indika se fue con el taita Shunku, apashka chay hawapi kawsangapa. Se fue a vivir entre las montañas.

Había un haz de luz que entraba por el tejado de la casa y que se posaba precisamente en Elena. Con miedo y algo temblorosa, Mercedes tomó las manos de Elena, luego con una de sus manos removió los cabellos que se habían pegado por las lágrimas en las mejillas. La acarició y suavemente le sopló en la frente; cuando Mercedes era niña su padre le soplaba suave, muy suave para calmar las heridas que se provocaba al jugar. Sanar, significaba para ella, soplar dulcemente en la herida, aunque ésta viniese del corazón.

—Calma Elena —dijo Mercedes—, mientras la apretaba a su pecho.

—La wawa ya no podía más. Dicen que las personas que amamos no se van del todo, siempre dejan detalles en los caminos andados. Dicen que regresan a las montañas para estar más cerca de las estrellas de dónde vienen. Estoy segura que la Indi por ahí sigue danzando con el fuego del amanecer y del atardecer. Enseñándole, tal vez, al viento del páramo otros movimientos, contándole a los pequeños ayas del páramo las miles de historias vividas, y sabes que siempre bajará a verte. Kay kausayka chashnamari

—Así es nuestra vida —repetía Elena y lloraba—.

Pasaron los días, las semanas y los meses. Para Elena la vida se resumía en Mercedes, Rawa y la última hija Maruja, que estaba por llegar. Luis se había ido con su otra familia días después de que Indi muriera.

Quería responder con la verdad, decirle que se fue de su pueblo porque había nacido con ansias eternas de escapar, de huir, ser errante porque ese era su ser. Andar y andar. Irse cada vez que sintiera que sus pies se estaban agarrando a los espacios como las raíces de un árbol que se rehúsa al cemento y sigue ahí reclamando y haciendo uso de su lugar, de su suelo y su tierra, pero solo pudo decir:

—Como Kioto es una gran ciudad que todavía conserva la arquitectura ancestral, me interesé por irme a estudiar allá, a veces, pienso que las formas de construcción de las comunidades de acá son muy similares.

— ¿Le parece? —respondió el taxista con un largo suspiro—, también me gustaría viajar lejos. Yo nunca he salido del país, pero eso sí, conozco cada rincón de este país. Sonreía orgulloso el taxista.

—Quizá en algún momento lo pueda hacer — dijo Mila—, intentando darle esperanzas.

—Sí. Algún rato será —respondió algo desanimado el taxista—, y bueno, ¿Hace cuánto se fue? Porque usted ya no parece de aquí.

—He vivido doce años allá, —dijo Mila—, y pensó: quizá nunca parecí ni de aquí ni de allá

— ¿Vino de vacaciones? —preguntó el taxista—.

—No —dijo Mila—, vine por trabajo.

Hace exactamente seis meses se encontró con Haku en Nara, en una exposición de fotos que él había hecho sobre los Estados Unidos de los Andes, así se llamaba la exposición. Era un recorrido de Ecuador, Perú, Bolivia, Colombia y Venezuela a través de la fotografía. Eran fotografías en su mayoría de colores ocres; en muchas se podían apreciar los haces de luz que indican por dónde salía o se ocultaba el sol. Eran paisajes que parecían de otros tiempos, como si nada hubiese cambiado. No había rostros de la gente, pero sí siluetas que se parecían a una mancha en la pintura de un principiante, y eso no le restaba belleza para nada. Eran fotografías extremadamente sutiles que denotaban la sensibilidad de Haku.

Se detuvo en la foto de un volcán que en sus pies tenía un gran lago. En esa foto el cielo vestía de colores rojizos, naranjas que se convertían en morados y rosados, una bandada de garzas volaba de regreso a las orillas del lago. El volcán tenía en su centro una gran grieta que formaba una especie de corazón. Era el taita Shunku y la Mamakucha Nina. Rápidamente sus ojos se detuvieron en esa fotografía. Recordó su casa, su infancia, y un rollo de imágenes del pasado pasaron por sus ojos. Sonrió sutilmente al volver a Irua. Haku era un fotógrafo kichwa otavalo que estaba viajando por varias provincias de Japón con su exposición.

—Taita Shunku —suspiraba Mila—. Mientras tocaba la fotografía, no se había percatado que Haku estaba cerca de ella.

— ¿Maymandata kanki? —le preguntó Haku—.

Ante esa pregunta y sobre todo al volver a escuchar nuevamente la lengua de sus abuelas, no supo responder pronto. Qué se dice cuando te preguntan de dónde eres y nunca

te has sentido de ninguna parte. Qué se espera escuchar de alguien que incansablemente ha tratado de olvidar. El tiempo se detuvo, en su cabeza la respuesta ya estaba construida perfectamente pero su boca temblaba. Sintió en ese momento que todo su cuerpo se independizó porque la boca no quería responder, el cerebro ya estaba listo para ordenar la respuesta, la lengua estaba inquieta.

—Irua, chaypi ñuka wasi. Tú, ¿de dónde eres? —contestó a modo automático Mila—, como si la lengua tuviera vida propia, como si hubiese estado esperando mucho tiempo para moverla. Exhausta también porque su boca aún le traicionaba.

—Irua es una comunidad cerca del volcán Shunku ¿no? —dijo Haku—. Yo soy de esa ciudad. ¿Vives aquí?

—Vivo en Kioto.

—Creo que en un par de semanas estaré también en Kioto —dijo Haku—, por hoy me estoy quedando en Nara. Me da mucho gusto encontrarte mashí, es tranquilizador encontrarnos cuando estamos lejos de la llakta, ¿nachu?

Llevaba su característico sombrero y su trenza. Era un hombre alto de rasgos andinos muy marcados, corpulento y con una gran sonrisa en su rostro. Caminaron juntos mirando las fotografías mientras él le contaba que vive desde niño en Barcelona, que viajó hace unos dos años a Ecuador para hacer las fotografías que ahora estaban en la exposición y que desde entonces no ha vuelto. Que se quedaba con sus padres cada vez que regresaba a Barcelona donde tenían varios negocios de artesanías. Seguían caminando cuando Mila se detuvo en otra fotografía que llevaba como título “cementerio de casas abandonadas – jichushka wasi”. Eran varias casas incrustadas en medio de edificios modernos a orillas del lago Nina, casas de teja, adobe, piedra, paja y carrizo.

—Ese lugar es algo mágico y misterioso a la vez, ¿lo conoces? —preguntó Haku—.

—Ahí cerca debe estar mi casa de la infancia —respondió Mila—.

—Es triste, porque pronto ya no quedará nada de ese lugar, van a construir un complejo turístico y van a desaparecer todas esas casas.

En ese momento a Mila le llegó un extraño dolor en las sienes que se extendía hacia los ojos, el dolor era punzante y palpitaba al ritmo de los pasos que escuchaba de la gente en la exposición. Supo disimular el dolor y no le prestó demasiada atención.

Cuando se embarcó en el vuelo AR1140 hace doce años atrás, Mila solo llevaba en su espalda una mochila llena de ropa pero que pesaba como si hubiera piedras o

semejante a cargar un pondo de agua que se balanceaba de un lado para el otro. Ella tambaleaba.

Tal vez, era la sensación de abandonar lo que la había abandonado, las ganas de irse y olvidar todo lo que ella representaba; sentía que era una traición para sus abuelas y para Irua. Estaba Mila inmersa en un mar cuyas olas eran miedos que hacían que los pelos de su piel estén alertas como cuando un gato está listo para atacar con la única diferencia de que ella, no iba atacar nunca, solo se dejaba llevar por esas olas, por ese frío que recorría su cuerpo.

En todo el transcurso y el vaivén propio de los aeropuertos finalmente el avión se levantó, la sensación de la primera vez no le pareció tan intensa como le habían dicho, pero ya arriba era sublime ver cómo entraban en el mundo de las nubes, las casas no eran más que cajas diminutas desde esa altura y todo abajo se convertía en un gran manto de retazos de todos los colores: marrones, dorados, verdes y el añil que configuraba las faldas y las orillas de las montañas. Se despidió de cada una de ellas mientras el sol dejaba ver sus rayos más intensos y el arrebol del atardecer hacía lo suyo con el cielo. Cuando el sol se ocultó pudo mirar cómo la tierra se convertía en otro cielo, uno lleno de estrellas fulgurantes o pedazos que se desprenden del fuego de la hojarasca en tiempos de cosecha.

Era temprano cuando llegó a Japón. En ese momento cuando atravesó la puerta de desembarque se dio cuenta que estaba perdida. Había llegado a un lugar totalmente distinto, una lengua muy diferente, su escritura, su vestimenta, incluso sus rasgos y sus emociones. Mila nunca midió la magnitud de sus decisiones. Me dejé llevar por el sentimiento de irme y ahora que estoy aquí quisiera volver al manto de retazos que dejé atrás, pensaba Mila. Pero, al salir vio a la señora Miyo parada con un cartel que decía Mila Guamán - Ecuador. Una mujer madura de baja estatura, sencilla y solemne. Llevaba puesto un kimono de color aguamarina con detalles sutiles de hojas, cuando la vio no supo qué decir, y no porque no supiera qué decir si no porque no sabía nada de japonés.

Sacó inmediatamente de la chaqueta un pequeño diccionario de español y japonés, buscó apresurada un saludo y se acercó despacio hacia la señora Miyo. Ella la buscaba confusa entre la multitud de gente.

—O-oha-yogozai-masu, Miyo-san —dijo Mila—, con la lengua revuelta y el cerebro como si hubiese hecho un corto circuito. Antes de salir de su país intentó receptar lo que más podía sobre las costumbres y los modales de los japoneses, pero nunca fue suficiente.

—Bienvenida —dijo la señora Miyo y sonrió haciendo una reverencia—. Hablo muy poquito el español. Ambas se rieron.

Su cabello canoso les recordaba a las abuelas. Miyo-san recibía anualmente a varios estudiantes latinoamericanos durante su estancia universitaria. La organización que becó a Mila la puso en contacto con ella, pero antes de su viaje, la comunicación siempre fue por terceros.

Salieron del aeropuerto y fueron directo a una estación de tren que las acercó a la residencia de Miyo-san en un barrio de Tokio. Mila jamás en su vida se había subido a un tren, para ella era como un gran gusano que atravesaba la ciudad. El cielo no era diferente al de Irua, tenía el mismo azul. A ratos, le costaba mirarlo porque se interponían enormes rascacielos. Se sentía muy pequeña. Desde las ventanas pudo ver algunas colinas cerca al mar, también había un excesivo ruido que no le dejaba escuchar al viento, pero todo era nuevo y bello. Mila se sintió como la vez en la que hatuku Elena la llevó al corazón del Taita Shunku, se quedó cautivada de ver lo grande y hermoso que era. Se sentía como una pequeña libélula atrapada entre tanto arbusto, esa sensación de vacío y llenura la volvió a sentir en esa gran ciudad.

Miyo-san y Mila viajaron durante 25 minutos hasta llegar a Yanaka, un barrio alejado del turbulento centro de Tokio. Aún podía ver los edificios y bajo ellos estaban las pequeñas casas de la gente de Yanaka. La casa de Miyo-san estaba incrustada en una calle de casas residenciales. Era la única casa con tejado antiguo y con una inconfundible arquitectura japonesa. Sus muros principales eran de piedra forrada por hiedras, por la estación en la que llegó, tenían un color rojizo mezclado con ambar y un verde que pasaba al amarillo, era como ver el atardecer después de un largo sol. La puerta principal era de madera con un tallado de varios círculos en el centro. Cuando entraron pudo ver un estanque en medio del patio. Fue como entrar en otra época porque en el estanque estaba parado un sauce o un yanagi como le dice Miyo-san. Era como un sueño. Mila había cruzado en poco tiempo varias dimensiones, se sentía como una viajera en el tiempo.

Su propiedad no era tan grande, pero estaba tan bien organizada a tal punto que desde el estanque se abrían tres senderos y al final de cada sendero había unas casas pequeñas. La casa principal donde vivía Miyo-san estaba antes del estanque y los estudiantes se quedaban en las dos primeras casas. La última casa se veía algo abandonada. En ese momento Mila no preguntó nada, solo se dejó llevar. Miyo-san abrió la mampara de su casa:

—Dozo haitte kudasai —dijo Miyo-san mientras movía su mano derecha en señal de que pase a su casa—. Menos mal el lenguaje no verbal es más comprensible, pensaba Mila.

Hizo una reverencia de agradecimiento y entró en un cuarto muy espacioso, de mucha luz, aunque el cielo estaba gris. En la mitad de la sala estaba una pequeña mesa sobre varios tatamis, como le dicen los japoneses. A Mila particularmente le recordaba la casa de las abuelas, el tatami era la estera sobre la que se sentaban a comer. Desde que llegó a Japón no hacía más que pensar en Irua. Sentía que seguía ahí, tal vez porque mientras viajaba en el tren escuchó tanto el japonés que en ocasiones pensó que lo entendía a cabalidad y que todos ahí estaban hablando en la lengua de sus abuelas. Le costó obligar a su cabeza de que no era así. Por más que sonara parecido no era aquella lengua.

Antes de pasar al lugar donde estaba la mesa, Miyo-san se sacó el calzado en la entrada y siguió; Mila hizo lo mismo, se quitó sus alpargates. Ese día, Mila llevaba puesto su anaco porque pensaba que esa sería la última vez que lo llevaría puesto. De alguna forma quería ir soltando todo lo que le hacía regresar a cada momento a Irua. No era fácil para Mila dejar ir parte de ella con cada decisión, pero sentía que era lo que necesitaba para empezar.

Mila recordó la ocasión en la que Mercedes le había hecho zafar todas las puntadas de un bordado que estaba aprendiendo.

—Na ali rurajungi, kutin kallari. Empieza de nuevo —dijo Mercedes—, desenredaba unos hilos al lado de Mila. Al otro lado, estaba mama Elena mirando con ternura cómo las pequeñas manos de Mila se apresuraban a zafar las puntadas ejecutadas en el pedazo de tela blanca.

—Na manllana kanguichu, —dijo mama Elena—. No te aferres a algo que sabes que está mal hecho. Si no te hace feliz o no te gusta; empieza de nuevo. Tomó el otro extremo de la tela para ayudar a su nieta a deshacer el bordado.

En su niñez Mila fue educada con solemne disciplina. Solemnidad que también sentía con Miyo-san. En su casa había mucho silencio, las abuelas tenían la extraña forma de comunicarse casi a arrullos, con la voz bajita como para que nadie escuche lo que se decían entre las dos, esas conversaciones generalmente estaban acompañadas de gestos que Mila nunca comprendió. La hora de la comida, como el tiempo que se dedicaban a tejer, a bordar y desenredar hilos eran espacios de sagrado silencio, lo que le permitía escuchar el lenguaje del movimiento de los hilos al desenredarse o la aguja pasar por la

tela siguiendo los trazos de las flores o el sonido del telar que se asemejaba a algún instrumento musical. Así pasaban horas y horas cuando el campo no necesitaba tanto de ellas.

Miyo-san le invitó a sentarse sobre el tatami donde la mesa pequeña estaba, entretanto ella se dirigió con un silencio sepulcral que ni siquiera sus pies sonaban en el piso, parecía que flotaba. Supo que fue a la cocina porque de pronto salió con una tetera de cerámica de color ladrillo, muy parecida a la olla de barro en la que cocinaba Mercedes. De aquella tetera se dispersaba el humo como una suave danza que se extendía como las ramas de un árbol por el espacio. En la mesa ya estaban dos tazas del mismo color, colocó la tetera y luego ella se sentó como lo hacían las abuelas en casa; con las rodillas dobladas, le pareció a Mila que ella había faltado con la primera regla, pues se había sentado cruzando las piernas. Aunque las abuelas le enseñaron a sentarse correctamente, nunca se acostumbró. Ahora lo estaba haciendo Miyo-san y, Mila se sentía otra vez fuera de lugar.

Mientras servía el té en las tazas, sutilmente Mila deslizó sus pies y se sentó como las abuelas y como Miyo-san. Tomó entre sus manos una de las tazas con el té y se la entregó a Mila, la miró y sonrió amablemente haciéndole una reverencia. Mila hizo lo mismo. Afuera caía una delicada lluvia con sol y por la mampara, o el shoji, como le dice Miyo-san, penetraban pálidos rayos que iluminaban el lugar. Bebieron té y se quedaron largo tiempo escuchando el silencio como en los días de bordado y tejido con las abuelas en Irua. Mila se sintió bien llegada porque así lo decía hatuku Elena.

Miyo- san se había mudado hace muchos años a Tokio. Ella había nacido en Nagasaki y después de la guerra se vio obligada a dejar su casa. Mila y Miyo -san tenían algo en común y es que las dos dejaban algo atrás. Pero el olvido tiene sus jugarretas: a veces, ocurre que pensamos recordar lo que estamos destinados a olvidar, pero más bien creemos olvidar lo que queremos recordar. Miyo-san nunca tuvo hijos, y hace mucho tiempo que había llegado a una tregua con la soledad y el insomnio. Antes de lo ocurrido en Nagasaki estaba a punto de casarse con un hombre que trabajaba como profesor de secundaria, pero murió un par de años después por los efectos secundarios que había provocado la bomba.

Miyo-san custodiaba con ferviente cariño el estanque que estaba en el patio, sobre todo las flores que crecían cerca. Mientras el tiempo pasaba y Mila estudiaba en la Universidad de Tokio, a su regreso siempre la miraba en su jardín quitando la hojarasca,

podando y limpiando de la mala hierba a sus azaleas y sus flores de iris ensata. A veces, sentía Mila que Miyo-san hablaba con sus plantas como si fueran personas, a menudo, desde la ventana de su habitación la miraba reírse con ellas, acariciarlas, e incluso llorar con ellas.

Un día que Mila llegó temprano a casa luego de clases, como de costumbre estaba Miyo-san sentada junto a sus azaleas, Mila se acercó y le ofreció su ayuda. La anciana le hizo una reverencia y se lo permitió, juntas limpiaron los alrededores de los pequeños arbustos de color rosa pálido, salmón, rojos y blancos, tenían un aroma dulce como Miyo-san.

—Sabes que mi querido Seiji —dijo Miyo-san—, el día que me propuso matrimonio sembró en mi casa de Nagasaki varias azaleas, son mis flores favoritas; y según la creencia de los viejos, las azaleas son de buena suerte sobre todo cuando vamos a iniciar un nuevo camino junto a alguien.

Tocaba cada pétalo con extremada ternura como si acariciara el rostro de su querido Seiji.

—En mi pueblo —le dijo Mila—, crecen pequeñas flores silvestres todo el tiempo. No importa si es verano o invierno; o si están en las llanuras más secas o en las alturas de una montaña, son tan fuertes que se enfrentan a cualquier inclemencia del tiempo. Son pequeñas y sus pétalos son de un color amarillo vibrante, sus hojas no son comunes, parecen como si alguien las hubiese dibujado al apuro. Se llaman ñakchasisas y mis abuelas me contaban que esas pequeñas flores se encargaban de peinar las penas para que las llevase el viento. Creo que esas son mis flores favoritas.

La miró con sus ojos medio aguados y por primera vez tocó con sus manos las mejillas de Mila y ella sintió las suaves manos que le daban paz.

Durante los años de la carrera poco a poco dejaba de relacionar todo lo que había en Japón con Irua, pero en muchas ocasiones le era inevitable. La lengua de las abuelas se dormía profundamente en los abismos de su cuerpo y la nueva lengua que estaba aprendiendo se incrustaba torpemente en ella. Siguió sin prestarle tanta atención, segura de que Irua estaba ya en el pasado y aunque no se sintiera completamente de ahí, ya había decidido no volver a Irua.

En casa de Miyo-san vivían otros estudiantes, pero solo llegaban a dormir, quizá ellos eran mucho más divertidos y aprovechaban el tiempo para salir a conocer gente de su edad y otros lugares de Tokio antes de volver a sus tierras, pero Mila siempre tuvo dificultad para hacer amistad con los de su edad. Se sentía bien hablando con los viejos,

sentía que podía ser ella misma con ellos, además, los protocolos, modales o el lenguaje de los jóvenes se le hacían complejos de entender. Se sentía juzgada por no llevar con altura los códigos de su tiempo. Así que, cada vez que Miyo-san se lo permitía se quedaba con ella, escuchando el silencio y viendo a las mariposas zambullirse en sus flores o simplemente sentir el dulce aroma que se desprendía de sus tazas de té.

Poco a poco los gigantes se movían y descongestionaban el tránsito, a cierta altura, en una especie de mirador pudo ver resplandeciente a la sabia mama Kayambi, el nevado que colindaba con el taita Shunku. Estaba al fondo de varias pequeñas lomas que formaban una especie de cañón por el que atravesaba el río que acababan de cruzar. Le pareció algo extremadamente bello.

—Al parecer le estaban esperando —dijo el taxista.

—Esperando —dijo con cierta confusión Mila.

—Sí, mi señora madre decía que cuando las montañas se dejan ver así tan relucientes es porque estaban preparando la llegada de alguien.

—Su madre es una mujer muy sabia —dijo Mila.

—Ay —suspiró el taxista—. Los viejos enseñan mucho durante nuestra vida y solo nos damos cuenta de sus enseñanzas cuando se van.

En el ambiente una sensación de nostalgia se apostó mientras el auto seguía el camino y por un largo rato se estableció un silencio que no era incómodo, más bien era un momento en el que: el taxista y Mila navegaban cada uno en sus propias memorias.

Mientras avanzaba en sus estudios, estaba consciente de que, al finalizar debía irse de la casa de Miyo-san puesto que así lo estipulaba una cláusula de su contrato de estudiante. Miyo-san la puso en contacto con su sobrino Atsu, que también era arquitecto y que casualmente tenía el mismo interés que Mila: la arquitectura antigua.

Lo conoció cuando Atsu llegó en una ocasión a visitar a Miyo-san. Era un fin de semana y Mila estaba dibujando algunos bocetos en el patio para una clase de conservación y restauración del patrimonio cultural. Atsu era alto y delgado, tenía el cabello lacio y corto. Su nombre le sonaba a Jatzu que en la lengua de sus abuelas significaba escarabajo, pero su nombre japonés quería decir: valiente y generoso. Mila creía que le hacía honor a ese nombre. Él era muy amable y educado.

—Cuando termines tu carrera —dijo Atsu—, será un gusto tenerte en nuestro equipo. Mila sonrió nerviosamente y pronto sus cachetes tenían el color de un tomate.

Al poco tiempo, se mudó a Kioto. Atsu-san y Miyo-san le ayudaron a encontrar un lugar donde vivir. Era una habitación pequeña en un edificio de cinco pisos. Extrañaba la casa de Miyo-san, sus senderos y sobre todo su jardín, aunque iba cada dos semanas a visitarla porque habían establecido su ritual del té, los jueves en la tarde. En ocasiones Mila se quedaba en su antigua habitación en casa de Miyo-san, sobre todo cuando no tenía mucho trabajo, pero no sucedía a menudo.

Mila se acostumbró a su pequeña habitación en Kioto, trabajaba en la constructora con Atsu de lunes a miércoles. Atsu y Mila eran parecidos en cuanto a relacionarse. Los dos eran callados, silenciosos, tímidos y cada vez que sus manos se tocaban por error los dos enrojecían y se hacían reverencias constantemente. Cuando Mila pasaba distraída en los bosquejos de algún plano, Atsu se perdía en su presencia, la miraba como Miyo-san miraba a sus azaleas y cuando ella lo regresaba a ver, rápidamente volteaba su rostro o le decía cosas referentes a sus trabajos.

En su tiempo libre, Mila salía a caminar y dibujar los templos y lugares más conocidos de Kioto y es precisamente en una de esas salidas cuando conoció a Murasaki.

Murasaki era una chica japonesa que estudiaba música y pasaba horas escribiendo poemas en un gastado cuaderno. Solía decir qué algún día será la poeta más conocida de Japón. Lo decía con tanta seguridad que sus ojos se llenaban de un brillo especial y parecía que de su cuerpo salía una extraña energía que provocaba en Mila muchas ganas de vivir. Murasaki era una chica muy alegre, sonreía por cada sutileza, era amable con la gente y hacía amigos en cualquier lugar. No era delgada, su piel era como la suave nevada que a veces coincidía con la primavera. Llevaba el cabello castaño a la altura del cuello y tenía los ojos bien rasgados. Era como una gata por su personalidad; a veces, demasiado ausente e independiente y otras se acurrucaba a sus amigos como si no hubiese un mañana.

La conoció en invierno mientras caminaba por Tetsugaku No Michi, un largo camino señalado por varios cerezos que en esa época estaban cubiertos de nieve y puentes de piedra por donde transitaban cientos de turistas todos los días en tiempos de primavera. En invierno Tetsugaku No Michi dejaba de ser un transitado lugar y Mila no tenía que atravesar audazmente las ráfagas de personas que se aglutinaban para el florecimiento. Esperaba pacientemente la época fría para caminar y detenerse a ver las pocas hojas de

los árboles que se demoraban en caer, caminaba lento volteando seguido a mirar atrás para ver las huellas de sus pies en la nieve. En su país solo dos estaciones marcaban el clima: invierno y verano. Mila pensó que en Irua estarían en época fría también, solo que allá no cae la nieve, estará lloviendo y las mañanas estarán bañadas de un blanco pálido, y recordó cuando en noviembre la casa de las abuelas tenía un aroma particular a leños secos quemándose en la tullpa; ese olor era tan agradable para Mila, esa mezcla de lluvia y humo saliendo por el tejado le hacía sentirse protegida.

Mientras caminaba se detuvo por un buen tiempo en una caseta desde donde se podía mirar el techo del templo Kinkakuji. Las copas de los árboles cubiertos de nieve cubrían el resto de la arquitectura del templo. Un largo camino se extendía al frente de la caseta donde estaba Mila, de pronto, miró un cuerpo avanzar lentamente. Llevaba un kimono morado con detalles florales marrones con una especie de faja que cubría su tronco, parecía cargar algo en su espalda por la forma en que la faja le cruzaba. Recordó a Miyo-san que solía colocarse el obi de una forma muy ceremonial que le hacía ver como alguien intocable.

En Irua, en época fría, la niebla cabalgaba urgente desde los bordes de las montañas, su espesor al bajar a la altura de las casas no dejaba ver nada cerca, los campesinos caminaban lento. Irua por momentos desaparecía completamente, convertida en un lugar flotante que se volatiliza con la explosión de las pequeñas partículas de agua. Con esfuerzo se avanzaba a ver la silueta del Taita Shunku, en uno de aquellos días Mercedes y mama Elena había salido hacía la ciudad por un angosto chakiñan; les tomaba una hora en llegar. Bajaban a la ciudad un par de veces al mes para abastecerse de enseres que el campo no producía.

— ¿Katimujungichu? —le preguntó Mercedes a Elena que caminaba lento detrás de ella.

En particular, ese día la neblina había amanecido con ellas, el frío aruñaba lenta y suavemente en el rostro de las mujeres. Los dedos de las manos estaban entumecidos.

—Shamujunimi, mana alli rikuyta ushani —, le contestó mama Elena que no podía ver bien al frente y seguía con paso de oruga a las huellas que dejaba Mercedes.

De lejos las mujeres se veían como una mancha entre la niebla, llevaban su anaco y su rebozo que les cruzaba el pecho, en él, cargaban las cosas que compraron. Mercedes se detuvo cerca de un pingul: un árbol muy particular que crece en los alrededores de Irua. Para los ñawpa abuelos ese árbol era considerado sagrado. No son muy altos, su

tronco, su tallo y sus ramas tienen pequeñas erupciones que hacen que se vea tosco a diferencia de otros árboles. La particularidad de este árbol es que se regenera de cualquier herida, corte o mutilación y sus pequeños brotes renacen en cualquier lugar. Representaba la trascendencia del kuyay; de la ternura de las personas que se amaban.

Mercedes bajó su kipi, la maleta que llevaba a su espalda y fue al encuentro de mama Elena. Le extendió su mano y la guio hasta aquel árbol para descansar. Tomadas de las manos como dos niñas caminaron lento mientras volvían a repetir que el frío estaba bien bravo.

—Ñamari wasipi kanchi —le dijo Mercedes—, mientras le indicaba el camino con un sutil jalón.

— Ari, ña kaygupillami —contestó con ironía mama Elena—, que sabía que aún faltaba un largo tramo para llegar a casa.

Las dos mujeres se detuvieron, se miraron a los ojos y se rieron como un par de jovencitas.

Una sutil garúa cayó sobre ellas y se apuraron para llegar al árbol donde Mercedes dejó su kipi. Se sentaron debajo del pingul y se quedaron mirando al agua de la garúa desaparecer en la tierra.

Las abuelas no eran muy conversadoras, pasaban mucho tiempo en silencio, mirando todo lo que sucedía alrededor de ellas. Se percataron de los escarabajos que no habían alcanzado a esconderse de la luz del día y perezosos caminaban lentísimo, o la telaraña en el que la brizna reposaba tranquila sabiendo que nadie iba tejer un día como aquel.

Se levantaron al notar que la garúa perdía su volumen en la atmósfera, tomaron sus kipis y caminaron juntas. Al llegar a la colina podían divisar tenuemente al lago Nina, que era la señal de que estaban cerca de casa con los kingos de sus anacos mojados y sus rebozos más pesados por la humedad. Así, el kimono morado de Murasaki le transportaba a Mila a las abuelas que se vestían con su anaco, su huma watarina y su rebozo con un pequeño kipi a sus espaldas.

Murasaki se detuvo en el paso de un corto puente de piedra y levantó su rostro hacia el cielo, al poco tiempo se movió de un lado para el otro; estaba atrapando la nieve con la lengua y se reía como si la nieve fuera una persona más que entendía las reglas del juego. Mila se quedó largo tiempo observándola, trayendo a su memoria aquel día en el

que las abuelas llegaron a casa mojadas por la garúa; era una imagen similar. Murasaki también llevaba un pequeño kipi y su kimono de lejos se confundía en los ojos de Mila con el anaco de las abuelas.

Mila no supo exactamente de qué parte de su kimono Murasaki sacó un cuaderno y un lápiz y ahí donde estaba parada empezó a bosquejar algo en esas hojas. Mila la miraba detenidamente, ella tenía un aura hipnotizante como la nieve que caía. Provocaba verla como si fuera un animal exótico, como la vez que Mila vio por primera vez una taruka en las pampas de Irua. Murasaki volteó su rostro y miró a Mila, se quedó por un momento intentando reconocerla; Mila se sintió descubierta así que evadió su mirada y fingió estar viendo a otro lugar. Cuando volteo con la mirada hacía Murasaki, ella la estaba saludando con la mano y sonriendo, fue tan extraño para Mila. Ella pensó en ese momento que la confundía con alguien más pero igual la saludó en tono amistoso y se alejó de la caseta de regreso a casa.

—¿Anata wa ima shuppatsu shimasu? —dijo Murasaki preguntándole con una voz muy simpática del por qué se iba tan pronto.

—Kon'nichiwa —le dijo Mila—, y le hizo una reverencia.

Murasaki le respondió con un hola también y empezaron a caminar lentamente por el sendero que conducía al templo Kinkakuji.

Era extremadamente llamativo y suntuoso. Todo el paisaje era blanco y solo el templo Kinkakuji brillaba impetuosamente como el sol. Era de una belleza desbordada, perfecta en su diseño, atractiva a la vista que hacía no querer verla el interior de aquel templo. Terminaba cansando a los ojos.

—Es este lugar que lo hace hermoso más allá de su color dorado —dijo Murasaki mientras caminaba a paso lento—, son sus árboles y el agua que respira tranquilamente, ellas no compiten con una arquitectura de tales diseños. Es un ícono en Japón, fue construida alrededor del siglo XIV, pero personalmente me fastidia su extravagancia. —¿Sabes qué me gusta de este lugar? —dijo nuevamente Murasaki—, me gusta su estanque y los árboles que la bordean —se respondió Murasaki y continuó—, mira allá, y señaló con su dedo hacia las pequeñas islas de piedras llenas de musgo y escarcha de nieve. ¿No te parece algo sublime?

A Mila le pareció irrespetuoso decir que pensaba igual que ella, no sabía si lo decía en serio o si la estaba poniendo a prueba. Durante su estadía en Japón, Mila, notó que la gente era muy respetuosa con los íconos de su historia.

—A mí me parece algo magnífico —dijo Mila con una voz muy suave y temblorosa —, creo que justamente esa pomposidad lo hace ser precisamente eso, ¿no? Y Mila la regresó a mirar; su nueva amiga seguía atrapada en las piedras del estanque donde se reflejaba el Kinkakuji y dijo:

—Es una restauración, el templo se quemó hace muchos años, me gustaría ver sus cicatrices, pero ya no queda nada o estarán bien cubiertas de oro y empezó a caminar:

— Tú, no eres de aquí —dijo inesperadamente Murasaki—.

— Soy de Ecuador —respondió Mila—.

Murasaki le dijo que venía de un lugar lejano. Mila no pensó que Murasaki sabía dónde estaba Ecuador, no contaba con que fuera una fanática de los mapas y del globo terráqueo, su juguete favorito. Murasaki desde pequeña cerraba los ojos y le daba vuelta al globo con el dedo, el país en el que su dedo se detenía lo estudiaba de manera muy obediente; por eso sabía dónde estaba el país de Mila.

— Estamos entrando a la provincia azul —exclamó con cierta efusividad el taxista, luego de un largo silencio—.

El corazón le empezó a latir desenfrenadamente, una mezcla de miedo y alegría se instalaba mientras el auto salía de la jurisdicción de la provincia de Pichincha y cruzaba por los paraderos tan bien iluminados.

La luna había hecho su correspondiente acompañamiento y el Taita Shunku estaba allí, donde siempre ha estado desde hace miles y miles de años. Pudo ver sus bordes y su cono que lo hacía ver como el volcán más grande del país, pero no era así, de hecho, era uno de los más pequeños.

*Watashi ankuta
watari akchata
watachisha samui...*

Ven te envuelvo tus raíces
Ven trenzaré tu cabello.

Iniciaron un descenso no tan pronunciado, pero igual de zigzagueante que el resto del camino que habían hecho. Al salir de una curva, Mila miró una especie de tenue sábana incandescente que encerraba a todo lo que estaba alrededor del lago Nina. Ya no era un lugar de casas pequeñas de tejas y adobe, en su lugar, había edificios que poco a poco se comían al lago Nina, Mila esforzaba la vista para intentar enfocar mejor los bordes del lago. El lago ya no era tan grande como la recordaba Mila.

Bajó el vidrio de la ventana, sacó la mano y sintió el frío que para nada era igual que en Kioto; era una caricia, una mezcla de soplo suave. Percibió el olor a azul, el petricor era intenso y exquisito.

— Extrañaba este aroma a tierra mojada —dijo Mila mientras inhalaba el aire fresco—. —Ya está en casa señorita. Ya estamos en casa —dijo para sí mismo el taxista—.

El auto avanzó y en cuestión de minutos llegaron a la cabecera parroquial, atravesaron largo mientras Mila se fijó detenidamente en el crecimiento urbano y pensó si Irua seguía de pie. Al llegar al parque central el taxista preguntó:

— De aquí sí, usted me dirá a dónde agarro camino señorita.

— Siga recto —dijo Mila—, en la primera esquina giramos a la izquierda y luego avanzamos largo.

— Como usted diga señorita —dijo el taxista—.

Le pareció un sueño estar de nuevo en Irua, la gente que se abrigaba del frío caminaba apurada. A esa hora pocos cuerpos se movían en las calles y se tornaban borrosos. Sus ojos lagrimeaban intentando descubrir aquellos rostros.

— ¿A dónde voy a llegar? —dijo con tono preocupado Mila—. Recién en ese momento se dio cuenta de que no tenía posibilidad de dormir en la casa de las abuelas, además, para qué iba a ir a un lugar abandonado donde quizá no haya nada más que frío.

— En serio no tiene quien la reciba señorita —interrumpió el taxista—, si desea, la puedo llevar a la ciudad. Usted sabe que no está lejos, de acá solo estamos a diez minutos. Yo conozco un buen hostel donde puede descansar cómodamente.

— Gracias —dijo Mila y continuó—. Yo tenía una tía, el único familiar que se quedó aquí cuando me fui. Los primeros años de mi partida yo mantenía contacto con una comadre de mis abuelas para preguntar por mi tía. Ella siempre me decía que estaba bien, que por ahí andaba lavando ropa ajena y que había gente que le

daba de comer. Yo mensualmente le enviaba un poco de dinero para que ella se lo entregara a mi tía Maruja.

— Y entonces por qué no va a la casa de ella, estará feliz de verla después de tantos años, señorita —dijo el taxista—.

— Luego de tres años, aquella comadre me dijo que ya no la habían visto —le respondió Mila—, al parecer, luego de un derrumbe en la temporada de lluvias había sido sepultada y nunca encontraron su cuerpo.

Maruja era la última hija de mama Elena, nació con un problema de lenguaje. Luego de que las abuelas se fueran, Maruja se quedó con Mila. Solo era cinco años mayor que ella. Nunca dejó de ser una niña, ella decía que hablaba con los árboles y los insectos. En su niñez pasaba horas y horas hablándole a los árboles, mejor dicho, a todo lo que llamaba su atención. Maruja le enseñó a Mila a hablar con las montañas y los animales; cuando Mila era niña estaba segura de que podía hacer eso, así que las dos pasaban tiempo entablando conversaciones con lo que había a su alrededor. Las abuelas nunca las corrigieron o las incitaron a comportarse bien como muchas personas de la comunidad si lo hacían. De hecho, las abuelas también hablaban con las montañas, con los sembríos, o con el cielo, pero su relación era muy distinta a la que Maruja tenía con la naturaleza. Al crecer Mila se dio cuenta de que Maruja navega en otras dimensiones, para ella, la realidad no era más que el polvo que se pierde entre los dedos cuando la tomamos en las manos.

Maruja era ingenua, inocente y amable. Dentro de su realidad, era feliz. Cuando mama Elena murió, Maruja decía que ella seguía hablando con su madre. Constantemente le decía a Mila y a Mercedes que Elena se había ido hacia el Taita Shunku, que esa montaña la había llevado y que ahí las estaban esperando.

Cuando la madre de Mila, Rawa, murió, mama Elena se quedó solo con su hija Maruja y su recién nacida nieta. Al poco tiempo, Mercedes se mudaría a vivir con ellas, al dejar a su esposo Francisco por todos los malos tratos que vivía y de los que ya estaba cansada. Al principio, la comunidad se opuso; ante los ojos de la gente no estaba bien que vivieran solo mujeres, pero Mercedes a la que poco le importaba la opinión de la gente se rehusó a volver con Francisco y se quedó a vivir con mama Elena. Esta decisión provocaría en los dirigentes de Irua incomodidad porque la familia de Mila estaba rompiendo la estructura normal de lo que es comprendido como familia. Muchos rumoraban desde tiempo atrás que Mercedes era una jarishina, es decir, que tenía

comportamientos específicos que correspondían a los hombres y que mama Elena se dedicaba a hechicería. Toda la gente de la comunidad fue manipulada por aquellos dirigentes. Muchas personas les quitaron el saludo y el buen trato. En las asambleas comunitarias se discutía en expulsarlas de Irua, pero nunca lo lograron.

Por suerte, la casa de las abuelas estaba situada en la frontera con otra comunidad. Hacia ese lado de Irua las casas eran pequeñas y como hace algunos años atrás seguían siendo de barro y paja, generalmente en esa parte de Irua quedaban en su mayoría ancianos abandonados por sus familias que vivían precariamente. Solo mama Elena los visitaba con un poco de tostado y yuyu: una planta que crece en las chakras de forma salvaje y que era comestible, su sabor era muy similar a la espinaca. Tenían el apoyo de los ancianos porque eran las únicas que cuidaban de ellos.

Para los dirigentes de Irua, esa parte de la comunidad era la parte fea y poco desarrollada que no permitía por completo el avance del turismo. Por mucho tiempo, se empeñaron en apropiarse de esas casas y las tierras de aquella gente, además eran desechos que ya nadie quería. No iba a ser tan difícil quitarles esos bienes a un grupo de viejos y un par de mujeres solteras con dos niñas.

Cuando las abuelas se iban a los campos lejanos a trabajar, Mila se quedaba a cargo de sus vecinos ancianos, con ellos pasaba horas escogiendo el maíz para la siembra, haciendo tortilla de maíz con manteca de cerdo, pero con quien más le gustaba pasar las tardes era con Taita Pedro, que era el último gaitero de Irua. Solía decir que la música y sobre todo saber entonar la gaita, que era un instrumento de viento elaborado por él mismo con carrizos, era un don de los varones, pero se contradecía porque le enseñaba con paciencia a entonar la gaita a Mila.

— Es una verdadera pena, señorita —dijo el taxista algo apenado—, disculpe que le traiga a su memoria tan malos momentos,

— No se preocupe —dijo Mila con una amable sonrisa—. ¿Le puedo pedir un favor?

— Claro, lo que usted quiera —respondió el taxista—.

— Me gustaría que me lleve primero hasta la casa de mis abuelas —dijo Mila—, quiero verla, aunque sea de noche, no me demoraré mucho, y luego me puede llevar al hostel que me comentó.

—Pero por supuesto —dijo el taxista con excesiva amabilidad—, no tiene ni que dudar señorita. Yo le espero lo que usted me diga.

Para llegar a la casa de las abuelas, Mila tenía que bajar unos cien metros antes. Solo hasta ahí llegaban los autos. En donde la dejó el taxista se abría un chakiñan lleno de chilcas y pingul. Cuando abrió la puerta del auto, sopló un fuerte viento que le pareció que le decía: ¿ñachu shamurkanki?

— Está segura de que no hay otro camino en donde la pueda dejar más cerca
—dijo el taxista sacando la cabeza por la ventana—.

— Este es el único camino. No me demoro mucho.

El camino seguía siendo el mismo, solo que se notaba que nadie había caminado por mucho tiempo por ese lugar. Esa parte de Irua no tenía iluminación. Lejos, escuchó el aullido del viento mezclarse con la de los perros de las casas alejadas. Una avalancha de sensación extraña se impregnaba en Mila; se adentró en aquel lúgubre chakiñan que le conducía a la casa de las abuelas. La noche estaba fría y oscura. La luna se había quedado atrás.

II

Caminaba con cierta intriga y desesperación. Alguien le respiraba en el cuello; volteaba constantemente. Todo estaba oscuro. Sonó entonces una música que alguien tocaba; un violín desafinado cuyo sonido hacía que el cuerpo de Mila esté alerta. Cerca de la casa de las abuelas miró cómo las casas que creyó abandonadas escasamente se iluminaban pero que no dejaban ver claramente qué sucedía. Pensó entonces que esa parte de Irua no estaba abandonada como le habían dicho cuando aceptó ser la arquitecta del nuevo complejo turístico, allí donde estaba la casa de las abuelas. La tenue iluminación que se veía en la casa, la tranquilizaba un poco.

A unos cuantos pasos de llegar a la casa comprobó que el árbol de pingul que tenían en la entrada seguía de pie. En el suelo yacía un cuerpo. Fue extraño para Mila, que en

ese momento sintió que su ceguera se estaba apresurando el paso y que le jugaba doble porque no supo cómo identificar aquel bulto en el piso. Creía que era el cuerpo de una persona. Sus ojos la engañaron con un arbusto de izu silvestre: era una flor de azul intenso con sutiles manchas blancas que había crecido junto al árbol. Cuando Mila se acercó a mirar el arbusto, salieron volando un millar de luciérnagas que rápidamente alumbraron el estado de la casa. En el patio había crecido mucha hierba, el techo tenía varias fisuras por donde algunos de los pequeños gusanos de luz salían y la madera rechinaba con el viento. La casa se despertó con la llegada de Mila; el fuego en la tulla se encendió. En las paredes colgaban las cortinas tejidas por las arañas que habían hecho casi suya la casa, si no fuera por los pájaros que dormían plácidamente en el soberado. Kaypimi ña kani, aquí estoy, llegando estoy, mingachiguay, decía Mila para sus adentros. En ese momento por detrás del fuego se levantó una sombra en forma de mujer que le dijo:

— ¿Imapata shamushkanki?

— ¿Imata kanki, quién eres? —Preguntó Mila con la respiración acelerada y sus ojos que no divisaban exactamente qué era esa sombra—. Había muchas voces alrededor, todo estaba habitado como en los tiempos en los que mama Elena, Mercedes, Maruja y Mila vivían juntas.

Aquella casa tenía un camino recto que la atravesaba por el centro y salía hacia otro pequeño sendero que se juntaba con la orilla del lago Nina. Mila se quedó parada mirando aquel camino desde de la casa. Allí estaban varios ancianos al borde del lago, cantando: chayamujunimi taitalla, mingachiguangi taillalla. Kaypimi kani warmi yakulla. Entendía perfectamente el canto, el mismo que solían cantar cada vez que iban al lago a cortar la totora, a lavar o bañarse: pedían permiso y agradecían por la llegada de alguien. Solo son mis memorias que están tomando forma, pensó Mila y regresó hacia el taxi.

Era septiembre cuando conoció a Haku, habían pasado diez años que Mila ya vivía en Japón. Ese día fue con Murasaki a la exposición de fotos sin saber que el fotógrafo era de su mismo pueblo. Murasaki y Mila planificaron unas semanas antes ir juntas a Nara a conocer algunos templos. El paisaje era tan bello como en primavera, había mucho viento y los cerezos y sauces se desnudaban, sus ramas asemejan los brazos de una bailarina, mostrando la dirección que las personas debían tomar en otoño. Hacía frío.

Después de lo que le dijo Haku acerca del nuevo complejo hotelero que estaban pensando construir en Irua, Mila se quedó con ese pensamiento mucho tiempo. Pasó

varios días con una sensación inexplicable en el pecho y en especial sus ojos parecían que de pronto dejaban de distinguir los detalles pequeños. Empezó a sentir mucho ardor, pensó que eran las largas noches en las que pasaba haciendo sus maquetas y bocetos para el trabajo. Se frotaba constantemente hasta que solo quedaba una capa roja sobre la esclerótica: no le prestó mucha atención. Sus dolores de cabeza eran persistentes, en las sienes parecía haberse alojado un tejedor que jalaba los hilos bruscamente. Se miraba en un espejo y abría cada ojo buscando encontrar una pestaña, una pelusa o cualquier cosa que provocaba su molestia, pero no encontró nada. En el trabajo estaba preocupada, distraída, triste. El insomnio como buen compañero se hizo presente luego de largo tiempo rompió con la tregua a la que llegaron Mila y él. Podemos realmente dejar atrás lo que somos, se preguntaba Mila de forma obstinada en las noches. Casi siempre, escuchamos a la gente decir que empezar de nuevo es una cuestión que solo depende de uno, qué sucede cuando estamos cargados de memorias, qué pasa cuando la casa, ese baúl donde guardamos todos nuestros recuerdos, va a sucumbir. Cómo entender que irse no quiere decir encontrarse con uno mismo: en la mayoría de las situaciones irse implica volver, porque así lo dictaminan las leyes absurdas de la vida. Muyushpa, muyumushpa chay ñanmanllata llukshimunki resonaba todas las mañanas: retomar el camino que una vez dejamos abandonado.

Debo ser yo, se dijo Mila, quien derrumbe ese lugar que se encuentra impregnado como la piel que me constituye. Soy yo la que tiene que retomar ese camino y darle un final. Soy yo la que tiene que hacer lo que tiene que hacer. Soy yo quien debe romper los muros que guardan mi pasado. Las ganas de regresar a Irua eran insistentes, le palpitaba el corazón tan fuerte cada vez que se ahogaba en esos pensamientos.

Ya no tenía 21 años, ya no tenía ganas de huir, había crecido y como mucho había que enfrentar las cosas a las que no le puso final.

Volvió a encontrarse con Haku en Kioto como él le había dicho el día en el que se conocieron: estaré en Kioto en un par de semanas. Desde que lo conoció no dejaba de pensar en él, en el sentido de que era un hombre muy extraño, sintió frío cuando caminaron juntos aquella vez en Nara.

Durante esos días Mila estuvo muy pendiente del lugar donde iba a ser su exposición en Kioto. Le pidió a Murasaki que la acompañara, ella aceptó y le dijo que también tenía ganas de conocer a ese otavaleño que no pudo conocer en Nara. Mila pagó en línea sus entradas y solo se quedó esperando que llegue el domingo para ir.

—La exposición será en el Jotenkaku museo, a las 10H00 de la mañana —le dijo Mila—. No llegues tarde Murasaki, por favor. O será mejor que nos encontremos antes. Murasaki no era tan puntual como dicen que son los japoneses.

—Oh, yaaa —dijo Murasaki con voz graciosa—, no llegaré tarde a tu cita con tu extraño hombre. Se reía sola.

—No es una cita —dijo Mila con voz temblorosa—. No comprendía muy bien porque hablar de Haku provocaba que su cuerpo se envuelva en un frío inusitado. Creo que no es buena idea que vayas.

—Deja el drama Mila-san —dijo Murasaki—, estoy molestando porque nunca te he visto tan ansiosa. Discúlpame, no volveré a molestarte con eso.

—Nos vemos el domingo en la entrada del Jotenkaku — le dijo Mila con voz más suave—.

—Mata ne Mila-san —dijo Murasaki y soltó una pequeña risa antes de colgarle el teléfono—.

Mila y Murasaki se hicieron grandes amigas aquel día después de conocer el Pabellón de Oro y Tetsugaku No Michi. Desde entonces miraban juntas películas, salían de paseo a menudo porque a Mila le ayudaba a dibujar sus diseños de arquitectura y a Murasaki le encantaba escribir poemas mientras caminaba. Mila la invitaba seguido a exposiciones de pintura y Murasaki la llevaba a recitales de haiku, y conciertos de música tradicional. Pasaban largas horas hablando de cualquier tema, Mila con más seriedad que Murasaki. Se contaban sus tristezas y alegrías, sus romances; bueno los de Murasaki más que los de Mila, ya que ella era más reservada en temas que atañen al amor, pero Murasaki era una mujer que lo daba todo a la primera, se entregaba con tanta pasión a sus relaciones que casi siempre salía lastimada. Cuando Murasaki atravesaba esas etapas, Mila intentaba ser la graciosa, no lo lograba a cabalidad, pero justamente ese intento de hacerla reír hacía que Murasaki se reponga de los momentos tristes.

Comían helado de menta, y salían en las noches a comer y beber sake. Llegaban a casa y cantaban en japonés. A veces, Murasaki le pedía a Mila que ponga la música de su pueblo porque eso le hacía feliz. Mila que no era tan buena consumidora de música y tampoco de los hits del momento, siempre le ponía la música de dos grupos otavaleños: Conjunto Peguche y Ñanda Mañachi. Era la música que siempre sonaba en la casa de las abuelas. Las dos cantaban como si hubiesen esperado miles de años para poder hacerlo. El japonés y la lengua de las abuelas de Mila se mezclaban al son de las notas musicales

y nunca, nunca pareció que eran dos lenguas distintas. Al final, se miraban y terminaban llorando. Mila recordaba a Mercedes que siempre le cantaba a mama Elena y ella tarareaba mientras las dos movían los pies como si la música activara el baile en sus cuerpos:

*Misigullapash kakpika, aysashpachari puriman
yakugullapash kakpika sumajtachari ufiayman
Kuyashamari nirkangi, llakishamari nirkangi
Ñuka juyayka kaypimi, kamba juyayka maypita*

No se veían siempre, pero sabían que estaban a un mensaje o una llamada cada vez que lo necesitaran y no importaba en qué parte de Japón estuvieran o qué tan importante era lo que estuviesen haciendo, cada vez que la una necesitara de la otra estarían siempre ahí.

— ¿Sabes cómo se dice Murasaki en la lengua de mis abuelas? —le dijo Mila en una ocasión cuando salieron de paseo al Lago Biwa—.

— ¿Y por qué has esperado hasta este momento para decírmelo, Mila -san? —dijo Murasaki sin dejar de mirar cómo las olas en el lago chocaban lentamente con la orilla donde crecían sutiles flores moradas casi imperceptibles—.

En ese punto Mila ya se había percatado de que algo andaba mal con sus ojos, sus dolores no cesaron desde la primera vez, la agudeza que tenía al observar las cosas se estaba yendo y en su lugar la niebla intentaba reposar delicadamente en sus ojos. Sin embargo, no dijo nada a nadie. Pensaba que pronto mejoraría con los goteros que llevaba siempre en su bolso. Al fin y al cabo, no es que no pudiera ver, veía relativamente bien, pero extrañaba los bordes finos y delicados que podía observar en los detalles de las personas y de los lugares que conocía.

— Por qué has sido mala conmigo —dijo Mila y soltó una pequeña risa

— Una falacia, total —dijo Murasaki—, yo soy el emblema del amor, eso dice mi madre sobre mi nombre. Nadie te va a creer, querida Mila-san—. Regresó Murasaki a ver a Mila. Ambas rieron.

— Ya dime, ¿cómo se dice Murasaki en la lengua de tus abuelas?

— Maiwa —dijo Mila—, es el color de la flor nomeolvides. ¿La conoces?

— ¡Nooo! ¡Muéstrame! —dijo Murasaki—. Saltaba como si hubiese hecho un nuevo descubrimiento que salvaría al mundo.

La dibujó en ese momento. Era una flor en forma de campana, de un morado tan intenso como el kimono con el que la conoció. Murasaki brincaba como un pequeño grillo, y repetía que algún día iría a Irua para conocer su flor: nomeolvides.

El domingo llegó y el día estaba soleado con una refrescante brisa, propia de esa estación. Nuevamente los árboles balanceaban sus cabellos con vanidad y presumían sus retoños. Era un día perfecto. Intentaba recordar lo que soñó: ella parada sobre una pequeña colina mirando hacia abajo, un sendero angosto por donde caminaban varias ancianas atadas con sus fajas. Enseguida se levantó un huracán que envolvió a las ancianas y las convirtió en polvo; se acercaba el huracán con furia hacia la colina donde estaba Mila. Antes de chocar contra ella el huracán fue detenido por la silueta de un hombre alto, vestido completamente de blanco, con una baja de colores que sostenía su pantalón. No pudo ver quién era aquel muchacho que apareció de repente en sus sueños. Despertó sudando.

Murasaki la estaba esperando. Mila llegó diez minutos tarde. Le dijo que esta vez ella había llegado antes que la puntualísima Mila-san. Mila se disculpó y entraron al museo. El Jotenkaku siempre fue uno de sus museos favoritos por la tranquilidad que emanaba su construcción. El camino las llevaba directo a la entrada principal del museo, había varias personas aglutinadas en la entrada. Mila notó que entre la gente japonesa también estaban varios latinos que adquirirían en ese momento los pases de entrada a la exposición. No puso mucha atención y presentó urgente los pases que ella ya tenía listos antes de llegar al museo. Tomó la mano de Murasaki y casi a jalones entraron a un pequeño espacio antes del largo corredor donde estaban las fotos de Haku. Todos los asistentes se quitaron los zapatos e iniciaron su visita. Al lado izquierdo sobre un muro blanco estaban colocadas las fotografías, los colores ocres encajaban perfectamente con el blanco de la pared. Al lado derecho del corredor había un largo ventanal del mismo tamaño que el corredor, desde donde los árboles y flores del jardín también presentaban sus colores. Mila se quedó largo rato parada en el umbral entre el genkan y el pasillo donde iniciaba la exposición. Sus ojos buscaban desesperados a Haku, pero no lo encontró pronto. Murasaki se quitó sus zapatos y caminó hacia las fotos. Mila estaba perdida en ese umbral, sin saber realmente por qué la presencia de Haku provocaba que su piel se enchine; por su cuerpo corría una sensación como cuando una gota de agua fría cae en la nuca y recorre toda la espina dorsal. Mueve todo hasta los órganos que están dentro del

cuerpo, a veces, era la sensación de un dedo dibujando un camino sobre la piel, como cuando una hoja cae de la rama de un árbol y va planeando su caída.

Estaba al final del pasillo, al extremo de donde se encontraba Mila, de espaldas hablando con otras personas. Parecía que Haku les contaba algo interesante porque la gente lo escuchaba con cierta devoción. Vestía de blanco, su trenza estaba sujeta por un cordón morado que se movía suave con el frescor que lograba colarse débilmente en ese espacio. Mila caminó lento y a su alrededor desaparecieron los demás cuerpos que hasta antes de su caminata estaban presentes. Haku volteó hacia el gran ventanal y se quedó mirando a los árboles moverse de izquierda a derecha; de adelante hacia atrás.

— ¿Maymandata kanki? —le dijo Haku sin voltear a mirar a Mila—. Le hizo la misma pregunta del día en que se conocieron. ¿De dónde eres?

— ¡Eh! —le tomó de sorpresa a Mila esa pregunta otra vez—. ¿Qué dices?

—Mila —le dijo Haku volteando a verla—. ¿Allichu kanki? Sonrió.

—Estoy bien —le dijo Mila—, allipacha.

—Debes regresar —le dijo Haku—.

— ¿Regresar a dónde? —preguntó Mila con extrañeza—, pues era una conversación sin sentido y descompuesta.

—Debemos regresar — dijo Haku—, quiero decir que vayamos a ver las fotos ...

Mila sentía algo, lo expresaba con su cuerpo. Misterio y unas intensas ganas de descubrir a aquel hombre. Se integraron a la exposición, las personas estaban ahí mirando con particular interés las fotografías. Otros hablaban y halagaban la técnica, el lavado y el estilo del fotógrafo mientras Murasaki estaba escribiendo en su cuaderno de forma acelerada como si hubiese tenido una visión o un sueño al que no puede dejar pasar: eran poemas. Murasaki solía decir que a los poemas hay que saberlos mirar en total silencio porque son muy escurridizos. Son como los colibríes o las luciérnagas, si haces ruido desaparecen; cuando se dejan ver es el único momento en la vida en que el tiempo también se detiene a verlas, nadie se resiste a dejar pasar por alto un poema.

Haku y Mila volvieron a recorrer las fotografías, en esa ocasión otras se habían integrado. Mila le preguntó cuándo regresaría a Ecuador y sus respuestas parecían incluir a Mila, siempre. Pronto, yo creo que pronto regresaremos, le decía. Mila solo se permitió seguir el tono desarticulado de su escaso y enigmático diálogo. Cuando estaba cerca de él, las palabras se escondían o quizá era que las lenguas que Mila hablaba sostenían una

lucha interna justo en la laringe pugnando por ganar la batalla. Era complejo preguntar algo o llevar una conversación más sólida. Su salvación era Murasaki.

—Me gustaría presentarte una buena amiga —le dijo Mila—, y se alejó de Haku para buscar a Murasaki que ya no estaba en el mismo lugar.

Fue hasta el final del pasillo y hacía la izquierda estaba Murasaki sentada escribiendo todavía.

—Murasaki, ¿qué haces aquí? —le dijo ansiosa Mila—, quiero que conozcas a mi amigo, ven.

— Por fin, ya me muero por conocerlo. Vamos, vamos.

Juntas caminaron a paso acelerado y al llegar Mila buscó entre la gente; a esa hora la sala estaba casi repleta. Atravesaron a las personas tomadas de la mano, pero por ningún lado aparecía Haku. Seguro fue al baño o está por algún lado, decía Murasaki. Enseguida un joven japonés encargado de la exposición se acercó a ellas y las llamó por su nombre, al voltear miró una mano extendida con un papel. Le dejaron esto, Haku-san tuvo una emergencia y tuvo que salir, me pidió que le entregara este mensaje. Mila tomó la nota que decía: Rina kani, Iruapi tugarishun. Nada más, se preguntaba con frustración por haber esperado una explicación más larga por parte de Haku.

— ¿Qué dice, qué dice Mila-san? —saltaba emocionada Murasaki—.

Con una sensación de rabia e impotencia por no poder haber hecho que Murasaki y Haku se conocieran; los ojos de Mila se quedaron en ese mensaje.

—Tengo que irme, nos encontraremos de nuevo cuando vuelvas. Eso dice—.

—Ahhhh, ¡qué romántico! —Suspiraba Murasaki—, lástima que no pude conocer a tu chico. Empiezo a creer que no existe.

Se reía sutilmente como siempre lo hacía cuando molestaba a Mila.

— No lo entiendes, Murasaki —dijo Mila—. Ay, ni siquiera yo lo comprendo.

Poco a poco la gente se retiraba de Jotenkaku. El día soleado pasó a ser un día gris; se avecinaba la lluvia y en el pasillo las sombras se instalaban pausadamente.

De vuelta al taxi notó que todo volvía a estar oscuro, el sonido desafinado del violín había cesado y la suave iluminación que vio al entrar a Irua se había desvanecido; sólo los aullidos de los perros al fondo se recrudecían. Cuando llegó al taxi tuvo que golpear la ventana para despertar al taxista que a esas horas de la noche el sueño ya estaba

haciendo su trabajo. Mila asustó al taxista y este de un salto prendió el auto y bajó la ventana:

—Disculpe señorita —dijo con un pequeño bostezo el taxista—. ¿Cómo estuvo todo en su casa?

—Bien, bien —respondió Mila—, este lugar al parecer no está abandonado como me habían dicho.

— ¿Por qué lo dice? —pregunto algo curioso el taxista—. ¿Acaso ha visto algo?

—He notado que algunas casas están habitadas porque he visto luces encendidas —dijo Mila.

—Yo no he visto nada —dijo el taxista—, este lugar quedó inundado luego de intensas lluvias en época invernal; la laguna creció hasta comerse a todos los que vivían aquí, desde entonces nadie viene a este lugar. Hace unos años un muchacho desapareció en la laguna al atravesar por una de esas casas y nunca más hallaron su cuerpo.

—Entonces seguramente vi mal, creo que estoy muy cansada —respondió Mila con una sensación extraña en su cuerpo—. Nunca supe eso de Irua.

—Es que no cuentan mucho ese episodio porque puede espantar a los turistas y además como aquí van a construir un nuevo complejo turístico pues no conviene.

— Entiendo... —dijo Mila—. Bueno será mejor volver mañana para ver mejor las cosas con la luz del día.

Se marcharon de Irua cuando justo daba la media noche; el lago Nina estaba agitado y las totoras se golpeaban sin cesar. Llegaron a la ciudad y el taxista la llevó al hostel del que le había hablado. Está muy cerca del mercado artesanal, seguro querrá ver los cambios que le hicieron, decía mientras se aparcaba al frente del hostel. Mila no contestaba más que con monosílabas. El taxista apagó el motor del auto, salió y bajó la maleta de Mila:

—Ha sido un grandioso viaje señorita —dijo el taxista mientras le entregaba una tarjeta—. Yo vivo en un barrio cercano, no está lejos y si por alguna razón requiere mi servicio estaré gustoso de servirle.

Mila tomó la tarjeta, y nuevamente se detuvo en aquellas manos. Buscó en su bolso el dinero para pagarle por el servicio y antes de guardar la tarjeta supo el nombre del taxista.

—Carlos Maldonado —repitió Mila—, mientras levantaba su rostro para mirar al taxista.

—Sí, Carlos Maldonado y el suyo señorita —preguntó el taxista que al parecer había esperado todo el camino para preguntarle aquello.

—Me llamo Mila, Don Carlos. Ha sido un placer conocerlo —respondió Mila—. Cuando lo miró sintió que aquel rostro de niño había envejecido un tanto en tres horas de viaje.

—Que descanse señorita —dijo el taxista—, quedó pendiente por si me necesita. Se subió al auto.

—Guardaré esta tarjeta como mi vida —le dijo Mila—, soltando una pequeña risa. Se despidieron.

*amzala fanga
yaku jawapi faguajun,
chayni juchupi
akapana wacharijun*

una pequeña hoja
flota en las olas del horizonte
revolviendo un huracán

Pasaron varios meses desde la última vez que vio a Haku, en todo ese tiempo se convenció de volver a Irua. Fueron tiempos en los que escarbaba y descendía constantemente a los abismos de su pasado, combatiendo la idea de que ni siquiera los pasados pueden conservarse inmutables. Todo estaba vivo, reclamando su presencia, su cuerpo le pertenecía a Irua, a la casa de las abuelas.

Era jueves y Mila fue de visita a Tokio, donde Miyo-san, necesitaba respirar la tranquilidad que emanaba aquella anciana que envejecía más cada día. Los silencios eran más largos.

Cuando Mila llegó, Miyo-san estaba parada mirando el yanagi que tenía un color verde vibrante, parecía expulsar una energía que lo reverdecía todo alrededor. Has venido a contarme algo, le dijo de la nada. No volteó a mirarla, tenía sus ojos clavados en la

danza de aquel árbol. Mila se quedó en silencio, mirándola. El viento que soplaba mansamente, envolvía a Miyo-san en una especie de pequeña burbuja. Sus canas se balanceaban y se desprendían como los dientes de león con el soplo de alguna boca; se elevaban hacia el cielo. En ese momento Mila sintió que se iban pequeñas partes de Miyo-san, poco a poco. Pensó en quedarse a cuidarla, por un momento esa insistente idea de volver a Irua desapareció. Miyo-san representaba la razón para quedarse, era la raíz, ella era el yanagi que la había acogido como a un pequeño pájaro cuando llegó. Era su hogar más cercano.

—Sabes cómo se curan las heridas —dijo sorprendentemente Miyo-san derrumbando el silencio—, uniendo las piezas, buscando las partes para coser las heridas. A veces tenemos miedo de andar en la oscuridad, pero ella es indispensable para apreciar la belleza. Para salir y sanar debes transitar tu pasado. Hacia adelante está el inframundo. Camina Mila, escucha el sonido de los hilos, tus venas te están hablando.

Sin ningún contexto Mila le dijo: ¿crees que debo irme y dejarte? Ella se sentó en una piedra que estaba cerca del estanque.

—Volverás a donde tengas que volver. ¿Sabes qué hace el miedo acompañándote durante este tiempo? Te pide que seas valiente. El miedo es como un pequeño niño asustado al que dejaron abandonado en algún lugar del mundo. Te pide que lo acompañes y a cambio él te ayudará a entender tu camino. —dijo Miyo-san—. Su mano izquierda tocaba levemente el agua del estanque.

—Y si ya no puedo volver, y si ya no estás Miyo-san, y si ya no te puedo ver —le dijo Mila—.

—Estaré dónde quieras que yo esté —le dijo Miyo-san—, podrás verme cada vez que quieras. Los sueños han hablado y en el fondo sabes lo que tienes que hacer.

Mila se sentó junto a ella y del yanagui caían las débiles hojas que no lograron enfrentarse al viento. Ese jueves no hubo ritual del té.

—Cuando decidas irte —dijo finalmente Miyo-san mientras daba cortos pasos de regreso a su casa—, ven que yo te acompañaré como la primera vez. Mila se quedó mirando cómo sus pasos cada vez anunciaban el poco tiempo de Miyo-san.

Salió casi al anochecer de casa de Miyo-san, tomó el tren de regreso a Kioto. Extrañamente no había tanta gente en el tren, pudo sentarse y mientras el gran gusano la acercaba a casa, arrimó su cabeza pensando en qué hacer. Miraba su reflejo en la ventana, sus pupilas se alejaban, se metían hacia más adentro y una capa cristalina dejaba ver otro

reflejo de ella misma, al cerrarlas cayeron las lágrimas y se quedó por un momento con los ojos cerrados, gritando muy fuerte hacia adentro. El tren se movía al mismo ritmo que sus recurrentes recuerdos y mientras viajaba a la velocidad de la luz, escuchó la voz de mama Elena:

«Naciste a las siete de la mañana, ese día yo había salido con Mercedes a sembrar en un terreno cercano y tu madre se quedó sola. Tenía dolores desde la madrugada, pero cuando toqué el vientre de tu madre todavía faltaba para que bajaras. Había delicados rayos de sol que asomaban por el Taita Shunku y una gran neblina se abalanzaba ganándole al sol. Tauka zirapakuna urmamurka, indiguan pajta. Cayó la garúa y tu tía Maruja vino corriendo a decirme que tú ya estabas por salir.

Tu madre estaba muy débil, tenía un dolor en el corazón que se resistía a sacar. No quería hablar, solo lloraba. Sacaste tu pie derecho y el izquierdo se encajonó en el útero de tu madre. Rawa, tu madre ya no tenía fuerza y a mí solo me quedó volver a empujarte hacia adentro y tomar tus dos pies para que salgas. Sudor, sangre, líquido amniótico por todos lados; gritos, rezos, sahumero en la atmósfera. Salieron tus pies, pero, alrededor de tu cuello el cordón umbilical que se negaba a dejarte. Gritos, maldiciones, bendiciones. Saliste. No lloraste, solo fijaste tu mirada en mí y te quedaste en silencio mientras el último vaho de vida de tu madre se esparcía en tu piel. Así llegaste a esta vida. »

Abrió los ojos asustada, intentando descifrar de dónde venía esa voz. Las voces de su pasado estaban tomando forma en cuerpos bordeados de sombra, la existencia de Mila era más tensa cada vez. Hace mucho tiempo que no sé a dónde soy. No hay nada más que pueda hacer yo, debemos volver a la casa que dejamos años atrás, en sus paredes quizá puedo volver a mirar las manos dibujadas por el tiempo, pensó en voz alta. Al llegar a la estación decidió caminar hasta su casa, ya no estaba sola, muchas personas transitaban, había música en el ambiente. Se fijó en las parejas que caminaban a esa hora de la noche, tomados de la mano, sonriendo, mirando hacia sus teléfonos. Le faltaba el aire para respirar así que tomó asiento en la banqueta del parque por el que cruzaba, colocó las manos sobre la banqueta, llevó su cuerpo hacia adelante y bajó su cabeza para mirar al piso, movió los pies y recordó otra vez lo que acaba de escuchar antes de bajarse del tren.

Cuando Mila tenía nueve años fue hacia el riachuelo que cruzaba por Irua para jugar. Perseguía hasta atrapar a las hojas de las zanjas que caían al agua y que navegaban

largo hasta llegar al lago Nina, la tarde de aquel día traía consigo un atardecer de aquellos que solo nacían en Irua; era una pintura acuarelada de colores rojizos y morados. Se acercó a una vertiente donde las hojas que recorren el largo camino del río encallaban en ese manantial. Se arrodilló balanceando su cuerpo hasta ver su reflejo, el agua estaba totalmente calma, el ambiente presentó una dulce melodía de los pájaros que regresan en las horas mágicas a sus nidos y lejos, Mila apreciaba el croac de los sapos que llamaban a la lluvia; se acercaba el tiempo de las aguas.

Fue la primera vez que pudo verse reflejada, la primera vez que se miró cómo era su rostro, buscó un parecido entre sus cabellos, entre sus lunares a mama Elena, pero no halló casi nada. El agua se agitó y su rostro se borró, con el último rayo de luz empezó a caminar de regreso, en medio camino se encontró con el joven José, la miró con ira y preguntó sobre lo que hacía allí a esa hora, la niña se asustó y agachó la mirada.

—Las bastardas como tú no deben salir de su casa —le dijo en tono grosero José—, y repetía wayrapamushka kanki, ri kampa mamawan.

Mila cabizbaja se retiró. Con pasos largos mama Elena se avecinaba también por aquel camino:

— Imata nirka chay runa, dime, ¿qué es lo que te ha hecho llorar? Preguntó mama Elena

— nimata, nadita no me dijo, solo que me vaya con mi mamá — respondió la niña vestida de una profunda tristeza

— Millanayay, lo que sea que te haya dicho lo dice porque tiene el corazón lleno de odio, ama kasuychu — y la abrazó, la tomó de sus pequeñas manos y caminaron hasta que la oscuridad las abrazara también.

Fue aquella noche que Mila luego de ese encuentro con José, preguntó a mama Elena sobre su madre, fue en aquella noche en que le contó su hatuku sobre cómo había llegado y cómo fue la partida de su madre. Fue exactamente lo que acababa de revivir mientras viajaba a casa luego de visitar a Miyo-san.

A José sus padres lo dejaron con Doña Silvia, una vieja amargada y grosera que tenía una chichería en la parroquia cuando él solo tenía cinco años. Sus padres lo dejaron ahí para que sirviera a la señora y nunca más volvieron por él. Lavaba los platos, los jarros y vasos y el piso meloso de la chichería siempre con ira. Él nunca preguntó por sus padres, a tan corta edad había entendido que debía servir a Doña Silvia, el día que lo dejaron lo

bañaron en el patio y en ese mismo rato le cortaron el cabello para que no ande como un salvaje y no vaya regando piojos donde sea, le decía Silvia.

José aprendió a leer y escribir mirando y escuchando a los hijos de Doña Silvia. Desde muy pequeño creció con él: la ira y la rabia por la gente como él. En Irua en esos tiempos pocos sabían leer y escribir, para los campesinos ese don no era para todos así que realmente pocos sabían del arte de la palabra escrita.

Andaba con cierto ademán de nobleza, como si un carruaje lo llevara siempre; de mirada dura y vacía, era un hombre que miraba a los ancianos con desdén, decía que los jóvenes deben construir las nuevas formas de vida en Irua y ya no los viejos. Decía que los abuelos nada saben de los tiempos modernos y que sus creencias ya estaban obsoletas. A los 14 años se dejó crecer el cabello que tanto detestaba en los demás, andaba en todas las asambleas con un aire mesiánico. Rápidamente la gente lo empezó a mirar con cierta fascinación mientras otros lo miraban con desprecio. Astuto y arrogante creía tener la cura para todo mal, poco paciente y audaz para soltar insultos. Ansiaba el pequeño poder que le hacía creer que tenía por la dirigencia de Irua.

Entrometido en todas las decisiones de Irua en poco tiempo logró ser un dirigente importante. El cabello trenzado y su sombrero eran estratégicamente utilizados en las grandes reuniones, pero cada vez que llegaba a casa se los sacaba y los tiraba, se daba baños con agua fría y ortiga porque sentía que esa raza a la que rechazaba se le impregnaba hasta la médula, pero esa misma raza lo colocaba en la mirada de los demás, cosa que le gustaba.

En esos tiempos, llegaron las fiestas del pueblo. José era parte del comité de fiestas; fue esa noche que conoció a la madre de Mila, Rawa. La madre de Mila era una mujer alegre, tenía una luz especial que brillaba en sus ojos. Se percataba siempre de los detalles más mínimos: para donde soplaban el viento o a qué hora se dejaba ver la primera estrella en el cielo. Tenía un gusto especial por los árboles, solía abrazarlos cada vez que se sentía triste. Hablaba con todo el mundo, solía reírse; era muy graciosa. Era dos años mayor que José, cosa que no se notaba. Poco le importaba a José porque cuando miró a Rawa esa noche, bailando con otras mujeres en el centro del patio de la casa principal sintió que era un trofeo o un cargo más en su trabajo de dirigente al que debía poseer.

Rawa no se sentía muy cómoda esa noche cuando se fijó que él la miraba como si la despojara de lo que llevaba puesto. Además, Rawa había escuchado hablar mucho de José sobre todo de las mujeres y los ancianos que se sentían humillados por aquel hombre que quería construir otra Irua. Cuando se acercó a saludarla, Rawa lo saludó amablemente

y se alejó alegando que ya era tarde y que tenía que irse. Él le propuso acompañarla, pero ella se opuso y le mencionó que estaba con su madre con la que José había tenido anteriormente algunas disputas.

Los días pasaban en Irua y José cada vez parecía tener el control de lo que sucedía en la comunidad. Por miedo o por admiración la gente apoyaba todo lo que él proponía. Antes de que se pensara un complejo turístico en esa parte de Irua, José planeaba hacer un cementerio. Pues él consideraba que esa parte donde estaba la casa de Mila ya estaba muerta pues los últimos ancianos morían lentamente, algunos ya no recordaban sus nombres ni el de sus hijos. En las asambleas se proponía que los más jóvenes pusieran una cuota para enviar a los ancianos a casas de acogida. Nadie los quería y era urgente construir algo en esa parte de Irua, pues poco a poco la parte que colindaba con la cabecera parroquial ya despertaba exitosamente ante la visita de los extranjeros.

Los ancianos de Irua miraban con profunda tristeza la desolación que dejaba el paso del tiempo en sus rostros. El lienzo con el que habían nacido ya tenía los trazos propios de un artista al que le urge culminar la obra. Los árboles perdían las hojas sin ninguna razón y los mirlos reposaban en los tejados de esas casas viejas que envejecían al mismo ritmo que ellos. Los pliegues eran parecidos al manto azul del lago, hacían surcos sobre el agua. Eran pastores y agricultores; eran madres, abuelos y hermanos a los que la muerte insinuaba su partida.

Los ancianos poco a poco se acostaban con la última luz del día y ya no despertaban cuando el sol volvía a salir. Cabalgaban ya al kayshupacha; sus cuerpos eran velados en compañía de muy poca gente en su mayoría mujeres y hombres que tarde entendían que la vejez reclamaba casi siempre el cuerpo; todos transitaban aquel camino suspirando hacia el cielo viendo como la respiración que exhalaban subía hacia las ramas de los árboles. Se convirtió en un cementerio sin tanta planificación.

Bajo algunas amenazas José manipulaba a Rawa para que se fuera a vivir con él. No podía ofrecerle nada más puesto que José tenía esposa y dos hijos. Rawa nunca sucumbió a sus caprichos y mamá Elena que podía desvanecer toda la dulzura que cargaba con ella cuando sentía que sus hijas estaban siendo acechadas por hombres frívolos, se enfrentaba como una fiera contra José o contra quien fuera. Irua no era un lugar seguro para Rawa por lo que salió a los dieciocho años hacia la ciudad a trabajar en el servicio doméstico. Enviaba un poco de dinero para su madre y su hermana durante el tiempo que vivió en la ciudad. Cuando regresó luego de dos años, Rawa estaba en su último mes de embarazo; se sentía feliz de volver a ver a su madre y de estar nuevamente en su hogar.

Sin embargo, la tristeza que tiene el hábito de permanecer en los ojos de las personas había llegado con Mila. Nunca contó nada acerca del padre de aquella criatura que estaba por llegar.

Las noches despertaba agitada, y dormía muy poco. Su cuerpo enfermo denotaba una dolencia que no curaban las plantas de mama Elena, ni las limpias de Mercedes. Tampoco funcionaba la medicina moderna. Para los dolores del corazón hay que caminar, por qué no salimos a caminar por los sembríos, hay un millar de flores que en este momento expulsan sus aromas al aire, le decía su madre. Rawa había perdido la batalla contra el insomnio, la falta de apetito y los pocos ánimos al que se aferraba pasaba tejiendo unos sacos de lana para su hija o a su vez, prefería quedarse arrimada al único árbol de sauce que vivía cerca a la orilla del lago Nina. Un árbol viejo donde las garzas dormían.

Cuando José supo que Rawa había regresado, fue a la casa de mama Elena con el pretexto de que tenían que poner una cuota para las fiestas de la comunidad. En casa solo estaba Rawa y cuando la miró embarazada, la rabia salió a flote, la insultó y le gritaba que se iba a arrepentir. Mientras se retiraba de aquella casa José repetía para sus adentros la frustración y el sentimiento de abandono que desde niño guardaba en lo más profundo de su ser. No soportaba la idea de no conseguir lo que quería. Por eso sentía especial rechazo por la familia de Mila y por ella misma.

Casi nadie asistió al entierro de Rawa más que Mercedes y algunos ancianos de Irua. La enterraron cerca del lago donde más adelante mama Elena también sería sepultada. Aquel día el sol salió envuelto en encajes de niebla casi imperceptibles. No hacía frío, tampoco calor, en general, era un ambiente que abrigaba sin sofocar. Mercedes y mama Elena envolvieron el cuerpo de Rawa en unas sábanas blancas y le hicieron maytu: maytu es la envoltura que se hace a los bebés como Mila y a los muertos como Rawa. Agarraron las sábanas y la cubrieron desde la cabeza hasta los pies, solo su rostro era visible. Luego la envolvieron con muchas fajas de colores, parecía que Rawa volvía a ser una bebé; ella y Mila llevaban el mismo vestuario: una vida se iba y otra se criaba a la espalda de mama Elena.

Solía decir Mercedes que el maytu forjaba el corazón. Los wawas a los que no les hacían el maytu eran muy frágiles, a veces cuando Mercedes iba con Mila a recoger algo de leña por el bosque, siempre le contaba la misma historia. Los wawas que fueron maytushkas eran como la planta de maíz que se balancea al ritmo del fuerte viento sin perder ninguna de sus hojas.

Hicieron un hueco y alrededor varias manos arrugadas con las uñas de tierra y ásperas sostenían otras fajas cruzadas de un lado al otro; fungían de sogas para bajar el cuerpo de Rawa hasta el lugar donde volvería a ser semilla. Así tal cual como se hace con la semilla el cuerpo de Rawa fue sembrado y el primer puñado de tierra fue lanzado por las manos de mama Elena. Después de ella todos los acompañantes taparon con tierra el cuerpo de Rawa con sus manos. En esa diminuta loma que se forma cuando se entierra algo, Maruja sembraba con sus pequeñas manos, flores de ñakchasisas. No hubo una cruz ni un nombre tampoco una fecha. El lago Nina y el taita Shunku resplandecientes parecían recibir con agrado a Rawa. Mila dormía profundamente en la espalda de mama Elena.

Mila dejó de mover los pies, los dejó quietos por largo tiempo, se limpió el rostro con sus manos y esa noche decidió volver a Irua. Sus ojos intentaban enfocar a los insectos que se trasladaban en busca de lugar más seco, llevaban en sus patas algunos desperdicios. Las personas somos seres extraños: nos acostumbramos pronto a los lugares y a las compañías; la incertidumbre de no volver a sentirlos nos hace querer permanecer como si fuéramos eternos. Navegamos a ciegas, las mareas nos arrastran. Habrá lugares que siempre nos reclamen.

Contrariamente a lo que sintió cuando salió de Irua, esta vez tenía claro que regresaría a Kioto cerca de Miyo-san y Murasaki. Sus planes solo tenían que ver con la caída de la casa de las abuelas. Esa sensación le tranquilizaba, no tendría por qué significar una despedida larga, solo era un nos vemos pronto, un tuparishunmi. Pero había algo que desde hace meses le molestaba en sus ojos, entonces llegando a casa busco varios especialistas de ojos para saber qué es lo que estaba sucediendo.

En los días siguientes Mila visitó a varios médicos, se realizó exámenes necesarios. Su ojo derecho estaba perdiendo más rápido la visión que su ojo izquierdo. —Quizá eso pueda frenar el avance de la ceguera —dijo el especialista—, pero no hay seguridad, su enfermedad avanza muy rápido. No sabemos si después de la operación usted pueda ver mejor o ya no pueda ver.

— Quiere decir que, —dijo Mila temblorosa—, que con la operación puedo perder la vista.

—Es una probabilidad, señorita —dijo el médico.

—Está bien, lo pensaré, y tal vez, luego de mi viaje me puedan intervenir.

— Realmente es su decisión, si no lo hace pronto el tumor que tiene en sus ojos avanzará irremediablemente. Con la operación tenemos una pequeña probabilidad de extirpar el tumor y quizá no pierda la vista totalmente.

Mila se marchó con la sensación desesperante de que las cosas y las personas desaparecían y que al final siempre se quedaría sola. Esa noche tuvo un sueño: Cuando vuelvas podrás ver lo que no has podido ver con tus ojos, tigramuy, shamuy, vuelve. Era el Taita Shunku. Era de madrugada y el cielo parecía encendido en llamas antes de que el sol saliera. Mila estaba parada en una pequeña colina, debajo de un árbol seco y viejo que rechinaba como si exhalara sus últimas bocanadas de vida cuando escuchó esas palabras salir desde los bordes del volcán.

Su viaje de regreso ya estaba planificado y pensándolo bien, Mila quería regresar a Irua, pero en el fondo de su ser tenía miedo de convencerse de quedarse y lo de sus ojos llegó a ser una buena razón para regresar a Kioto. Mila le comentó rápidamente a Murasaki sobre su partida, sólo será un viaje de tres meses le dijo y Murasaki no dudó en decirle que la acompañaba a lo que Mila le respondió que quería estar los primeros dos meses sola y que quizá el tercer mes podrían encontrarse en Irua.

En esos días buscó conexiones con gente de Ecuador, investigó sobre el nuevo proyecto turístico en Irua, se comunicó con alguna gente de la municipalidad buscando información. Pronto las respuestas llegaron a su email. Esa parte de Irua había sido concesionada a un hombre adinerado de la misma ciudad que tenía varios negocios turísticos en la zona. Se enteró de que nadie había reclamado ninguno de esos espacios y que los dirigentes de Irua habían cedido esa parte en nombre del desarrollo económico. No dijo nada sobre su casa en ese lugar, segura de que estaba fuera de los límites de ese proyecto. Pronto supo el nombre de aquel hombre y con quien días después tuvo la primera conversación mediante email. Sin titubeos Mila le dijo que quería ser parte del proyecto, le comentó su lugar de procedencia y su profesión de arquitecta, rápidamente logró convencer al hombre. En quince días se verían en la ciudad, para empezar a plantear acuerdos y así fue. Parecía ser que todo encajaba bien, para que Mila no tuviera obstáculos en su regreso. Todo, absolutamente todo salía a la perfección, nada le fue difícil.

Era octubre y Kioto tenía otro semblante, la naturaleza sacaba sus mejores colores antes de que el invierno llegue. En general, el clima era agradable, sol durante la mañana y las tardes a veces con chubascos. Mila tenía todo listo, viajaría de regreso a Ecuador el fin de semana, pero antes haría un último paseo a la playa con Murasaki.

Viajaron juntas hasta Takahama, a aproximadamente cuatro horas de viaje en tren. Y así fue, durante el viaje las dos estaban distraídas en el camino. El manto rojizo que embellecía en esa época a Japón era sublime, los verdes se transformaban en dorados y se metamorfoseaban a color tierra parecidas a las llanuras de Irua; sin más caían sobre el suelo y bordaban una alfombra de hojas que con cada pisada soltaban un sonido particular, como si los huesos de aquellas frágiles hojas se rompieran en millones para convertirse luego en polvo. Era el ciclo de la vida de una hoja y quizá la de gente también.

Pensó en ella para sus adentros y sostenía una conversación empeñada de preguntas sin respuestas concretas. Tenía esperanza, eso que a veces en vez de hacer un bien, termina haciendo un mal. Esperanza de volver a encontrarse con Haku, de poder verlo con los mismos ojos con los que lo conoció. No quería borrar su rostro de su memoria. Pensaba que el olvido es inminente si los ojos ya no saben ver los recuerdos. También tenía miedo de volver a enfrentarse a José, aquel hombre que hasta el final le hizo sentir que ella no pertenecía a Irua ni a su comunidad luego de que la orfandad total llegara a instalarse no solo en su casa sino en su cuerpo. Ahora se sentía en familia con Miyo-san y Murasaki y no quería volver a soltar esa cuerda, quería aferrarse. Pensó erróneamente que ya no había por qué seguir preguntándose sobre quién era y a dónde pertenece. ¿Sabemos realmente a dónde somos?

Los momentos tristes y los que finalmente marcaron su exilio hacia un país lejano aparecieron como la lluvia luego de un largo verano. Creer que la lejanía nos termina separando es un error, porque los recuerdos están atados, marcados en la piel como los lunares que marcan el paso del tiempo. Cada vez que nos vamos, llevamos con nosotros todo lo vivido porque quizá eso que llaman identidad: es la memoria. Además, Japón había servido como un ancla en el viaje de Mila. Al fin y al cabo, el mismo océano los atravesaba, una lengua con una sonoridad similar, prácticas que Miyo-san tenía que eran parecidas a las de las abuelas o quizá la sabiduría de los viejos era similar en todas partes del mundo y Murasaki que se empeñaba en conocer Irua, aunque sea por las historias de Mila. Todo eso siempre fue un botón de regreso para Mila.

Tantas veces mama Elena se enfrentó a las políticas absurdas de José y su cabildo, pero pronto la vida se derretía. Mila había crecido. Mercedes envejecía casi al mismo tiempo que mama Elena y, sin embargo, Mercedes parecía no prestarle mucha atención

al paso del tiempo. Mama Elena enfermó y perdió peso. Lloraba en las noches pidiendo a Mercedes que si ella le llega a faltar cuide a las niñas.

— Muskuypi ña yachani —viene por el horizonte alguien montado sobre un caballo blanco —dijo mama Elena—, estoy sentada sobre una vertiente recogiendo agua, ésta está algo turbia. Intento mirar mi rostro y solo un gran abismo se abre entre mis ojos. Rigrinimi yarin.

— Kan rigpika, ñuka kausaytami apangi — te llevarás mi vida entera. —dijo Mercedes que sabía que nada sacaba con rehusarse a aceptar que Elena debía partir. Lo entendía hasta cierto punto.

Los días pasaban rápido, seguido ofrendaban al taita Shunku algunas frutas y comida para que mama Elena no sufra con su enfermedad. Mercedes no pedía por más tiempo para Elena; ella pedía que el dolor que padecía mama Elena fuera repartido. Pedía que su dolor no fuera cargado únicamente por mama Elena.

Maruja peinaba la cabeza de mama Elena y la trenzaba con varias cintas de colores, le repetía que cuando ella llegue a la montaña, habrá una gran fiesta y que tenía que estar lo más presentable posible. Mama Elena solo se reía; Mila tenía la confianza absoluta de que pronto mejoraría. Con las medicinas que le dieron los médicos y las aguas medicinales de Mercedes, ella se pondría bien. Mila no quería prestarle mucha atención, así que pasaba las horas repartiéndose entre sus estudios y el campo; como si nada pasará a su alrededor. Huía de la sensación de que mama Elena estaba muriendo, se alejó de ella, prefería estar sola. A veces le echaba la culpa por enfermarse. Caminaba desesperada, cuando el camino no zigzagueaba caminaba en círculos.

— Ñukatapash nanan... —le dijo Mercedes—. Me duele la piel, las uñas, el cabello, los dedos de los pies. Nanai nanai kan. Y juntas construían un cerco para las vacas

Hablaba del dolor que sentía por saber que mama Elena se marchitaba como las prematuras plantas de maíz que salen a pesar de que la lluvia aún no ha caído. Se secaban y sus hojas reposaban en el polvo seco esperando la misericordia del agua. Mercedes que siempre fue más seria y fría había visto a Mila molesta desde que supo que no había nada que hacer por mama Elena. Los días transcurrían fríos y grises. Mama Elena nunca se quedó quieta a pesar de sus dolencias seguía criando la tierra y su casa. Nunca se postró en la estera y solía decir que, si la muerte viene hay que estar de pie para caminar junto a ella al kayshupacha, la otra vida.

Despertó en la madrugada, cantaban los gallos y los perros aullaban. Elena estaba parada en el corredor de su casa, estaba vestida como solía hacerlo para las fiestas de San Pedro, una colorida blusa bordada por ella misma, un anaco negro y otro blanco con sus kingos que dibujaban el movimiento del agua, llevaba en su cuello sus perlas doradas y en sus muñecas sus corales rojos que mostraban el coraje de haber vivido y finalmente su rebozo waminsí encima de su humawatarina.

Más adelante una vela se enfrentaba valiente al soplo del viento; a su alrededor todo estaba oscuro, pensó que se había ido la luz en todo el pueblo y camino hacia la vela. Escuchó las risas, los cantos, el violín desafinado y el churo, un desfile de personas con sus kipis y sus arpas caminaron a lado de Elena, chumbita apanki, le decían. Elena vio a su padre entre la multitud, estaba caminando con la cabeza mirando al piso como solía hacerlo, llevaba su sombrero raído y viejo con su pantalón blanco percutido. La última vez que lo vio, su cabello seguía siendo negro como su anaco, pero en esa ocasión su padre tenía el cabello blanco y largo que se extendía como una cascada cada vez que se movía.

Elena estaba feliz de verlo, de estar cerca de él nuevamente. Luego llegaron otras gentes que Elena ya no había visto y que en algún momento fueron sus comadres, tías, primas y abuelos que iban por un angosto camino hasta llegar al borde del lago Nina, todos caminaron sobre el agua, en el lago Nina estaba una puerta de madera vieja con un millar de cicatrices como si alguien la hubiese arañado. El padre de Elena pasó por la puerta y cada persona pasaba también sin dejar de cantar y hacer sonar sus arpas, casi al final Elena regresó a mirar atrás y pudo ver su cuerpo tendido en la estera donde dormía junto a Mercedes y las niñas. Cruzó la puerta y un suave manto de agua se levantó frente a ella:

—Shamuy wawa, kaypimi kanchi kampa ayllu —dijo el lago Nina en cuanto Elena cruzó la puerta. Aquí estamos tu familia, ven.

Mama Elena continuó su camino, Nina se había convertido en una gran pampa de trigal, sus espinas soltaban un brillo especial, había una delicada brizna que reposaba en las espinas y delante seguían caminando las demás gentes, al final, a paso lento e inseguro Elena también seguía su camino. Afuera llovía, se escuchaba claramente como el agua chocaba con el suelo. Maruja fue la única que pudo ver a su madre marcharse, fue la única que la acompañó hasta aquella puerta, pero Elena no podía verla porque ella ya estaba en

otro plano, ya no estaba soñando. Era el año 1996 en los meses donde el sol se oculta más rápido que otros meses.

— Parada final de Takahama —dijo una voz en el tren—, y el eco le llegó a Mila que siempre tenía la manía de viajar en los mundos de la nostalgia cada vez que emprendía un viaje.

— Mila hemos llegado —dijo Murasaki mientras miraba desesperada a la gente en la estación—. Has visto las aves en el cielo. Son hermosas. Ya quieren mis pies pisar la arena.

Tomaron un taxi que las acercó a la playa Nabae. Murasaki llevaba un vestido blanco con flores amarillas y unos tenis. Mila llevaba también un vestido largo de rayas color azul con blanco. No tardaron en llegar a la playa, no había tanta gente, exactamente como lo habían pensado. Era jueves y las personas estarían ajetreadas en sus quehaceres cotidianos, pero Mila se sentía extraña al estar rompiendo el ritual del té al que siempre acudía con disciplina.

El clima estaba perfecto, el cielo tenía varias humaredas blancas que viajaban hacia el suroeste. Las gaviotas planeaban sigilosamente su caída libre con la esperanza de atrapar los peces. Murasaki soltó su bolso, pero antes sacó su cuaderno y bolígrafo, se quitó los tenis, y como la niña que seguía siendo, corrió juguetona a la orilla donde las olas de agua arrastraban hacia sus adentros la arena. Mila se quedó un momento recogiendo y poniendo en buen resguardo sus cosas.

El viento soplaba y jugueteaba con los bordes de sus vestidos y sus cabellos, Mila había conservado delicadamente el largo cabello que solía trenzar las abuelas. Son esas pequeñas cosas que parecen insignificantes que nunca soltaron a Mila, era algo que ella se rehusaba a abandonar. Su cabello largo y negro les recordaba a las mujeres de Irua que siempre llevaban recogido el cabello, a veces, con una cinta de colores y otras, una larga trenza se balanceaba a sus espaldas. Parecía ser que una serpiente le enroscaba.

Mila se detuvo para mirar a Murasaki. La vida no parecía tan difícil para aquella mujer que se resistía a actuar como un adulto. Hay que crecer sin perder la magia de poder asombrarse ante la belleza insuperable de las cosas sencillas. No recordaba bien a quién le escuchó decir eso o si lo leyó en algún libro. En fin, Murasaki era alegre, pero Mila no sabía si era feliz, de todos modos, siempre Murasaki le ponía una pizca de fantástica alegría a los momentos que compartían juntas y por ahí andaba Murasaki mojando

despacio sus pies, huyendo de las olas para que no la atrapen y riendo. Parecía no irrumpir con el natural balanceo del tiempo.

Algunas personas se lanzaban al agua con sus tablas de surf, buscando olas, también ellos parecían jugar con el viento y el agua porque cada vez que el viento levantaba con fuerza al agua, en sus rostros se podía mirar una satisfacción como si conquistaran por un diminuto tiempo, la vida. El agua tenía el color de la piedra jade; que mutaba a la aguamarina, al azul suave y lejos cerca al horizonte su color era más oscuro, añil y finalmente un azul grisáceo. Lejos se veían las siluetas de las colinas empapadas de las gotas de agua sal. Mila estaba hechizada por el movimiento del agua.

Miró que Murasaki cada vez se alejaba más, se quitó los zapatos para alcanzarla y de pronto cuando levantó su rostro miró a un hombre caminar junto a Murasaki, habrá hecho un nuevo amigo, pensó Mila mientras caminaba hacia ellos cuando pudo notar que aquel hombre tenía un parecido a Haku.

El mismo frío que sentía cada vez con la cercanía de Haku, se coló en ella. La sangre que le recorría bajaba súbitamente de temperatura semejante a un riachuelo congelado que rompe y se abre paso por las venas de Mila. El golpe de una ola la trajo de vuelta. ¿Qué hace acá? ¿Cómo supo que estaríamos aquí? se preguntó y caminó algo extrañada dudando sobre si lo que estaba viendo era real o si la paulatina enfermedad de sus ojos la estaban engañando como ya lo habían hecho antes.

Mila caminaba como si sus pies estuvieran atados con pesadas cadenas y la arena se colaba como una gran artista de la orfebrería, tanto así que se convertía en barro y hacía de Mila una pieza inmóvil; por más que ella intentaba caminar lo hacía con una lentitud de caracol. El tiempo y ella parecían quedarse varadas en la orilla del mar luchando con su propio peso. Cada pequeño paso dado por Mila con afán de acercarse a Murasaki y poder descubrir si realmente aquel hombre era Haku, era una pelea, porque mientras daba uno o dos pasos, ella sentía que sus amigos se alejaban cada vez más.

Se cansó, se detuvo, se agachó y puso sus manos sobre sus rodillas con el fin de tomar un poco de aire y calmar sus pulmones. Cuando volvió intentar a caminar, sus pies ya no querían avanzar y Haku se convertía en un pájaro que se unió a la bandada de aves que cruzaba ese momento. Murasaki estaba sola agachada revolviendo con sus dedos al agua que llegaba a la orilla. De pronto, Mila, confundida volteó la mirada hacia el lugar donde dejaron sus cosas y se vio ahí, seguía ahí sentada en el mismo lugar, arrimada a aquel árbol y mirando hacia donde Murasaki estaba. No era un sueño. Mila se levantó

precipitadamente y corrió esta vez más ligera para tocar a Murasaki y asegurarse que el momento era real.

—Mila —dijo Murasaki—, ¿estás segura de que no quieres que yo te acompañe?

Mila se agachó y con sus manos tocó el agua.

—Estoy segura —le dijo.

—Pero necesitarás ayuda —le dijo Murasaki mientras se ponía de pie—, por qué no solucionas primero el tema de tus ojos.

—Tal vez porque no hay solución —dijo Mila que seguía hincada sobre la arena tocando el agua—. Tengo miedo de que me toquen los ojos. Murasaki, yo siento que mi enfermedad no tiene cura, lo he soñado.

—Los sueños no siempre tendrán la razón Mila —dijo Murasaki—, por favor, Mila son tus ojos.

—Pero saben de nuestros destinos —dijo Mila con la voz algo apagada—. Quiero ver a Irua con estos ojos, Murasaki.

—No estoy de acuerdo, pero son tus decisiones —dijo Murasaki.

Se metieron al mar, Murasaki se movía como pez bajo el agua y flotaba como una ramita perdida en tanta inmensidad, en cambio, Mila no entendía el temor que sentía por el mar.

El mar, esa interminable sábana de espuma en los bordes, le provocaba unas ganas incomprensibles de seguir el movimiento de las olas hasta que su cuerpo fuera totalmente devorado, la hechizaba de una manera que se asustó. La sinfonía que urdían las olas dejaba al descubierto lo desconocido. Imaginó ser una pequeña piedra que descendía como una pluma en el aire. Quería conocer el abismo en el que pronto, ella misma iba a transitar.

El sol se iba acercando al horizonte cuando decidieron regresar, caminaron nuevamente por la orilla y el cielo se oscureció de repente, el mar se agitaba, soltaba una melodía con mucha fuerza, eran rugidos en ocasiones. Los surfistas estaban excitados al poder montar las olas grandes que se formaban a esa hora de la tarde. La marea subió. Mila y Murasaki seguían caminando tranquilas, en silencio. El viento empezó a soplar más fuerte y ellas caminaron contra el viento. La mitad del cielo oscurecía y se tragaba el poco azul que quedaba. Salieron a la carretera y tomaron un taxi que las llevó de vuelta a la estación.

— Entonces nos volveremos a ver en Irua en enero, ¿cierto? —dijo Murasaki.

— Sí, te esperaré, conocerás Irua y juntas regresaremos a Kioto.

— Perfecto, no hay nada más que decir Mila-san —dijo Murasaki—. Estaré atenta a tus emails y tus llamadas.

— Lo haré, escribiré seguido y llamaré cada vez que pueda —Contestó Mila.

Se despidieron con un abrazo de esos que aprietan el corazón, se quedaron largo tiempo entrelazando sus cuerpos, finalmente las dos soltaron un suspiro y tomaron su respectivo camino a casa. Mila no durmió casi nada, se levantó nuevamente en la madrugada, daba pasos cortos en su pequeña habitación, las luces de las casas del barrio titilaban. Kioto nunca se apagaba. Volvió a echarse en la cama, pero sentía que eso le provocaba un dolor molesto en la espalda, volteaba de un lado a otro, se puso a contar ovejas para ver si el sueño le hacía el favor de llegar. Entre tantos intentos finalmente logró dormir una hora. Se levantó a las seis de la mañana para revisar sus maletas. Pasaría antes por casa de Miyo-san, con ella tomaría el desayuno y luego irían juntas al aeropuerto.

Caminó por el sendero, las hojas de las azaleas y del resto de plantas que viven con Miyo-san se habían pintado de un color rubí intenso y los rayos de sol entraban entre los árboles para luego reposar en el techo de la casa de Miyo-san dándole un semblante suave y satinado, era como un cuadro pintado de Takahashi Yuichi o de Claude Monet.

Abrió la mampara y en el genkan se quitó los zapatos, pasó y Miyo-san ya estaba sentada en la mesilla del té con varios pocillos pequeños de color blanco con detalles dorados. Del pocillo de arroz se elevaba el vapor que indicaba que recién había sido servido, cerca había otro pocillo con sopa miso, un caldo que se prepara con anticipación, en él se colocan algas, un poco de atún, cebolla, salsa de soya y tofu, es como Mila aprendió a prepararla, no está de más mencionar que Mila era muy mala para la cocina, a veces la sopa miso trasladaba el sabor de la sopa de bledos que mama Elena le preparaba con algunas especias propias de Irua.

En la mesilla estaba el té que no podía faltar nunca y a su vez encontró algunas frutas. El desayuno, es la primera comida del día, es la actividad más íntima y delicada entre los que se quieren. Las abuelas nunca desayunaban fuera de casa y tampoco Miyo-san, para ellas el desayuno era una ceremonia, era el lenguaje de la ternura. Se sentaron y tomaron los palillos para llevar el primer bocado de arroz a la boca, estaba tan suave que se deshacía en su boca como si fuera un pan recién hecho, luego tomó la sopa con sus dos manos y la bebió, todo estaba exquisito. Miyo-san la miraba con una satisfacción.

—Recuerda llevar lo necesario —dijo Miyo-san y levantaba su taza de té hacia ella—, no lleves tantas cosas por si en el camino tienes que cargar con algo más.

Mila seguía engullendo la comida mientras movía su cabeza afirmativamente. Al terminar las dos lavaron las vajillas. Miyo-san salió para cambiarse de ropa, pero antes le dijo que no olvidase de despedirse de la casa y así lo hizo. Fue a su antigua habitación donde pasó sus primeros años, y se dio cuenta que ya estaba habitado por alguien más, el ambiente estaba impregnado de un aroma cítrico y dulce, en el escritorio abundaban libros de política y economía. Una pila de papeles con algunos apuntes que Mila no se atrevió a ojear. Al salir se detuvo en el jardín de Miyo-san. Las flores se marchitaban para dar paso a la siguiente estación y el yanagui se sacudía de sus hojas; la desnudez de sus ramas lo pintaba de una extraña belleza.

Se sentó en el filo del estanque todavía con la sensación de no querer irse, con la esperanza de que algo suceda que le obligue a quedarse, entonces apareció como una visión, estaba parada en el umbral de la salida y la mampara vestida con un kimono de color rosa pálido con detalles de flores sakuras y un obi de delicado color marrón envolvía su cintura, vio a Mercedes y a mama Elena junto a Miyo-san también vestidas con sus anacos de kingos anchos de color fucsia y plateados, con sus camisas de un bordado lila con blanco; el haz de luz estaba sobre las tres, el agua del estanque empezó a moverse y chocar con los bordes, el yanagui rechinaba en su balanceo, cuando miró al piso las pequeñas piedras saltaban como el maíz cuando era tostado al fuego. Se acercó Miyo-san donde Mila estaba.

—Es un pequeño temblor no temas —dijo Miyo-san—. Y luego caminó hacia la salida. En el tren había mucha gente, muchos miraban a sus teléfonos, otros tenían la mirada perdida en el movimiento del viaje. Otros hablaban sobre el temblor que había sucedido hace poco, entonces fue que Mila pensó en contarle a Miyo-san que hace poco descubrió que tenía un problema en sus ojos y que posiblemente pronto dejaría de ver, pero luego se arrepintió, creyó que lo único que provocaría aquello es que Miyo-san la regañe como a una niña por no prestarle atención a algo tan importante como eran los ojos, así que no lo hizo. O tal vez, sentía que, si no se lo mencionaba a nadie, quizá haría que sus ojos recuperen la visibilidad. Tenía fe de que su enfermedad desapareciera de repente.

El vuelo despegaba a las 17:30pm del aeropuerto de Tokio; cuando llegaron eran las dos de la tarde. La despedida se acercaba y Mila que era torpe para expresar sus

emociones se percató que las palabras se convertían en pequeñas piedras que viajaban desde su ombligo hasta su garganta alojándose en sus cuerdas vocales y obstruyendo sonido alguno. Sus ojos querían llover y en la piel un extraño ardor se tendía, será el dolor que provocan las despedidas, se dijo y siguió caminando junto a Miyo-san, ella andaba con la mirada profunda, observando al frente, erguida, lista para el final. Mila en cambio, quería que el tiempo se detenga, que no corran más los minutos que en ese momento se movían como el aleteo de un colibrí, obligándole a Mila a tomar la palabra.

—Uno siempre termina llegando a donde nos esperan Mila —Salió la voz de Miyo-san como el canto de un pájaro—, te esperan en Irua, recuerda que algún día este dolor te va a resultar útil.

Lloró sin más, no pudo detener el avance de las lágrimas sobre sus ojos, a pesar de ello, aún apretaba con fuerza para que la piedra que le atravesaba en la garganta no saliera. Formó sonidos propios de alguien que quiere llorar a gritos y no puede. Vio que sus manos temblaban mientras Miyo-san se disponía a sacar de una parte de su obi un pequeño paquete.

—Ábrelo cuando despegues, —dijo Miyo-san—.

Sus suaves manos se extendieron para Mila. Eran manos delgadas y largas, suaves como las plumas de un pájaro, delicadas como una fina tela de seda, los pliegues que tenía no le quitaban lo terso y las marcas del tiempo habían trazado una ruta hacia su rostro. Tenía los ojos llenos de luz, desde ahí emanaba cierta alegría y tranquilidad parecía no dolerse por nada y aceptaba las circunstancias de la vida con humildad. El regalo de Miyo-san era para Mila como una cuerda que sostiene eso que no se quiere dejar. Mila besó las manos de aquella mujer amable y le hizo una reverencia en agradecimiento. A veces, las palabras no se desbordan y el cuerpo que tiene su propio lenguaje se manifiesta en rescate. Se despidieron.

—Nos vemos pronto Miyo-san, tigramushami —dijo Mila—.

—Jiyu ni tobu/vuela libre, —dijo en japonés Miyo-san—.

Volteó para marcharse de aquel lugar donde los brazos quisieran extenderse como las ramas de un viejo y seco árbol hasta el lugar donde las personas a las que llegamos a amar, descansan. Mila se marchó hacia el andén donde tenía que esperar hasta la hora de despegue.

Mientras esperaba se fijó que sus manos aún sostenían el pequeño paquete que Miyo-san le entregó, estaba envuelto en una suave y sedosa tela jade y dentro estaba cubierto con un suave papel de bambú. Lo abrió y en su interior estaba una larga cinta

tejida por Miyo-san: para sostener tu cabello, que es la raíz del árbol al que perteneces, decía una nota. Los hilos eran lisos y muy agradables al tacto. Un tejido que asemejaba a los colores de sus azaleas, tenía un color salmón que se mezclaba con el ámbar y se transformaba al morado con algunos hilos dorados que la hacían brillar como si fuera una joya. En ese momento Mila se deshizo la trenza larga que llevaba y se envolvió el cabello con la cinta. Sus manos se movían con mucha destreza, como los días en los que las abuelas le envolvían su cabello largo y abundante.

Al amanecer Mila salió del hostel, caminó por la ciudad que tenía todos los signos de haberse convertido en un lugar moderno, cosmopolita y desarraigado. Deambulaba como un fantasma, nadie la veía, nadie la reconocía, era una mujer sin rostro. Las mujeres caminaban apresuradas por las calles haciendo sonar sus anacos y dejando que sus rebozos se balanceen, rogando por no ser abandonados. La gran plaza era toda cuadrada, con sillas de metal, con kioscos abarrotados de mercadería, lo único que no había cambiado eran las artesanías que seguían siendo las mismas. Seguía siendo una pequeña ciudad, fácil de recorrer en una hora, las calles centrales estaban estilizadas, bien cuidadas y los pequeños campesinos que bajaban con sus cosechas de la temporada habían sido relegados a las calles lejos del centro. Era un mosaico de rostros felices y ojos de angustia.

Mila quedó en desayunar con el casi dueño de las tierras donde se iba a construir el complejo turístico, días antes de su regreso para hablar de los planos y la propuesta que ella tenía. Era un hombre maduro, pequeño como un duende, pero parecía audaz en los negocios como cualquier otavaleño, exceptuando a Mila, ella nunca fue buena para los negocios. Era de esos indígenas exitosos que todos miraban como referente de prosperidad.

El hombre parecía encantado de contarle todas sus hazañas de comerciante y los viajes que ha hecho alrededor del mundo. Hablaba y hablaba tanto de él que Mila hace rato que perdió los hilos de la narración del hombre. Se limitaba a escuchar y asentir con la cabeza, mostrando una sonrisa dura. Luego llegaron las preguntas para Mila que no estaban atadas al proyecto sino a su vida fuera del país.

—Y bueno cuénteme de usted —dijo Simón—. ¿Cómo es eso que usted es de Irua?

— Yo viajé hace varios años, estudié y finalmente decidí quedarme a vivir por allá —dijo Mila con cierta incomodidad de tener que hablar de ella.

— Supongo que tu marido es de por allá, cuando los esposos dicen dónde vivir no hay por donde contradecir.

— No estoy casada —dijo Mila con tono molesto que no fue notado por Simón—, y si le parece me gustaría discutir algunas ideas sobre el proyecto.

Ignorando lo que Mila decía, Simón siguió preguntando cosas que ella no quería responder, el pequeño hombre quería saber todo de la mujer que trabajaría para él.

—Ele, pero cuántos años tienes — volvió a preguntar Simón— la verdad es que te ves muy joven, por ahí debes tener un enamorado—. Se reía de una forma tan molesta y Mila cada vez sentía ganas de levantarse e irse, pero no podía. En su cabeza construía las respuestas más cortantes para no seguir en esa conversación tan incómoda.

—Tengo treinta y cuatro años y cuento con la experiencia necesaria para llevar a cabo el proyecto, Don Simón.

—No me digas Don, somos mashis, somos de la misma ciudad, del mismo pueblo —le dijo en tono coqueto—.

—Comprendo —dijo Mila—, entonces me gustaría saber exactamente cómo va el tema de los terrenos y la relación que usted tiene con los dirigentes, usted sabe que ellos son la autoridad en Irua.

—Muy bien, sí — dijo Simón— Hay un pequeño problema con ellos justamente, pero nada de qué preocuparse, este proyecto no solo es mío, el interés es también del alcalde, pues para la ciudad sería un buen ingreso, el fin es atraer más turistas. Ya tenemos a gente trabajando en eso.

—Entiendo, como le comenté yo estaré aquí tres meses y luego debo regresar a Kioto —le dijo Mila—, así que me gustaría adelantarme a diseñar los planos, visitar el lugar y mirar si realmente se necesita una nueva construcción o si podemos restaurar algunas cosas.

—No —dijo Simón—, nada de restaurar Mila, esas casas solo son paredes que se desmoronan, no hay nada que se pueda rescatar. Además, queremos algo nuevo, un estilo innovador y que llame la atención.

El desayuno se había extendido hasta casi el mediodía, al percatarse de la hora, Simón dijo que tenía otra importante reunión y que se verían luego. Se marchó sin pagar la cuenta y a Mila le pareció gracioso ese evento. Después de hablarle tanto de los negocios que tenía y los constantes viajes alrededor del mundo no pudo pagar el desayuno. Se marchó de la cafetería y continuó su caminata por la ciudad intentando

reconocer algo o alguien, pero el pueblo ya no era el mismo de hace años atrás, la movilidad era compleja, el ruido del claxon de los autos había enmudecido a las aves y en las calles periféricas se respiraba el hambre de aquellos que seguían atrapados en tiempos pasados.

La ciudad era insípida, con edificios cuadrados y colores pálidos, sitios con arquitectura que pretendían borrar cualquier rasgo de su pasado, cafés que eran semejante a huecos sin textura ni gracia, y lo único que parecía perdurar era la gente que se esforzaba en conservar antiguas y curiosas costumbres con el único objetivo de ofrecer un espectáculo a los turistas. Se detuvo en el parque con nombre equivocado como solían decir los abuelos al parque central y bajo un viejo árbol de magnolio que aún florecía y derramaba en el aire un poco de su suave aroma, pensó brevemente en buscar un sitio donde pasar los tres meses, Mila pensó en buscar algo más cerca, quizás en la parroquia a la que pertenecía Irua y aprovechar para ver con los ojos de la luz del día la situación real en la que se encontraba el cementerio de casas como muchos locales le llamaban.

El día estaba brumoso, había amanecido con una sutil lluvia y Mila ya estaba algo mojada, eso no le disgustaba, paseó mientras las gotas de agua se secaban en su rostro. Debajo del árbol de magnolio mientras guarecía un poco del frío clima quiso ir a Irua, se sentía sola tanto como solía sentirse los primeros días en Japón. Las pocas personas que conoció en su época de secundaria ya no tenían rostro en su memoria, no los recordaba. La única cara que aparecía frecuentemente era la de Haku, deseaba verlo, anhelaba encontrarlo por algún lugar de aquella ciudad. Imaginaba que cada hombre con trenza con el que se cruzó podría ser él. Haku tenía algo que debía ser descubierto, y Mila andaba con ese pensamiento constante desde que lo conoció. Conocerlo, cambió rápidamente los planes de Mila, era como si él se hubiese incrustado en los pensamientos de ella, cómo si él supiera un secreto sobre Mila que quería contarle y no se decidía.

Iba a tomar un taxi para ir a Irua y recordó la tarjeta que don Carlos le había dejado la noche anterior antes de despedirse. Marcó el número de la tarjeta y nuevamente escuchó esa voz media ronca y efusiva, él reconoció la voz de Mila.

—Señorita Mila, a dónde le llevo —dijo don Carlos—, antes de que Mila le dijera algo.

— A Irua, don Carlos —dijo Mila—, ya lo sabe. Estoy en el parque central, ¿Puede venir por mí?

— En cinco minutos, señorita — dijo don Carlos—, no me demoro en llegar.

Colgaron los teléfonos y al poco tiempo don Carlos recogió a Mila con la misma sonrisa. Ella se subió al taxi, se saludaron como si hubiesen pasado varios años, hablaron sobre lo cómodo o no que pudo estar el hostel, pasando luego a tocar el tema del clima, al parecer hablar de lo caluroso o frío que puede estar el ambiente, siempre era una forma de empezar una conversación con el gremio de don Carlos. Llegaron iniciada la tarde a Irua. Mila le dijo que no era necesario esperarla esta vez, que ella se iba a demorar y que cuando vea conveniente, lo llamaría para que vaya por ella. Entonces don Carlos la dejó en Irua y se marchó.

Aunque el día estuviese opaco, en el cielo parecía ser que las nubes gateaban hacia los bordes para permitir al moribundo sol atravesar con sus débiles rayos a las casas que se deshacía como papel quemado por el tiempo. Volvió a caminar por el chakiñan y en un tramo se encontró con un anciano que llevaba un ancho y viejo sombrero, cargaba en su espalda un guango de plantas de maíz, con paso lento y a veces cojeando se detuvo al frente de Mila y le dijo:

— Maymanda ringi wawa, a dónde vas —dijo el anciano—, cuidado chingaringuiman. Puedes perderte si no sabes a qué vienes.

Y el anciano pasó largo antes de que Mila pudiera elaborar una respuesta, la lengua la traicionaba tal como le sucedía en sus primeros meses en Japón. La lengua de las abuelas hervía en su cuerpo, y parecía que en ocasiones las palabras tenían vida propia, usaban el cuerpo de Mila como si fueran ellas las que le daban movimiento. Cuando Mila se dio cuenta el anciano ya caminaba lejos, así que volteó para continuar con su camino.

La casa de su infancia estaba envuelta en una fina neblina, la sombría luz le dejó ver más de lo que pudo la noche anterior. Al parecer la inundación que tuvo lugar hace unos cinco años antes del regreso de Mila, fue fuerte. Las casas más cercanas al lago habían sido derrumbadas, solo quedaban señales del paso del agua, los palos y trozos de madera de las casas se fundían con la tierra, se hacían polvo. La tarde avanzaba rápido y la luz grisácea del día se tornaba aún más oscura. Eran las cuatro de la tarde, pero tenía pinta de ser las seis. La lluvia tomó más cuerpo, los sapos y ranas parecían estar en su ritual y las cigarras acompañaban la musicalidad de la tarde. Al pasar a la casa de las abuelas observó al lago Nina, su azul era diferente de cualquier otro lago, era mucho más fuerte, más intenso, penetrante y profundo, era misteriosa parecía ser tranquila, pero era enérgica en ciertos meses del año. Muchas historias perduraban en la memoria de los

abuelos acerca del lago Nina, una de ellas era que cada cierto tiempo Nina se llevaba un alma.

El perfume característico de las abuelas todavía perduraba en los rincones de la casa; una mezcla de hierba de ruda, eucalipto dulce y amargo. En los palos que cruzan la casa colgaban aún algunas telas, sábanas, cobijas y uno que otro anaco lleno de polvo y moho, también había wayungas de maíz, pero con el tiempo quedaron desnudos de los granos que sirvieron de alimento para los pájaros y otras visitas que poco a poco fueron decorando la casa a su gusto. En la cocina quedaba rasgos de ollas de barro que se quebraron por la falta de uso y escudillas agrietadas de abandono, pasó por el largo pasillo que daba al sendero por la parte trasera de la casa y se detuvo en un pequeño espacio que en su juventud le había servido de habitación y en el mismo lugar estaba la artesanal cama de palos y piedras con varias esteras encima en la que ella dormía. La noche se arrastraba por el tejado de la casa comiéndose las pocas señales de luz que reposaban en las esquinas, la lluvia cesó hace algunos minutos atrás y la neblina se columpiaba haciendo que Mila no pueda ver bien.

Sus memorias le presentaron un carrete de recuerdos de los pasados días en aquella casa, Mila inexplicablemente se sentía cómoda en aquel lugar solitario, el frío parecía no poder atravesar las paredes de la casa, era acogedor para Mila así que decidió pasar la noche allí, en la cama que le había construido mama Mercedes antes de marcharse en busca de mama Elena.

Luego de la muerte de mama Elena, Mercedes no pudo sostenerse en el día ni en la noche sin la compañía de la mujer con la que vivió la mitad de su vida. Su rápido descenso hacia los mundos no comprendidos por quienes creen tener el timón de la verdad hizo que ella cambiara drásticamente. La tristeza se incrustó en su piel, sus ojos se convirtieron en dos huecos oscuros y el brillo que solía tener se apagaba como la muerte de una estrella en el espacio. Sus cabellos se esparcían al igual que los pétalos de los geranios que sembró tras el pozo de agua que tenían cerca y que con el balanceo que provocaba el viento en ellas se despojó de su matiz, así Mercedes también se quedaba sin color.

Mercedes sufría el mal del sueño, tenía insomnio por lo que no podía entrar en el mundo de los sueños, le angustiaba no poder navegar en aquel mundo; para ella era importante puesto que sólo allí podría volver a ver a mama Elena. Vagaba por la casa y por los sembríos intentando ocupar la mente, trabajaba hasta que su cuerpo se desvanecía,

pero no era suficiente. Hizo todo tipo de brebajes con sus plantas, pero nada parecía ser suficiente, el puente entre su realidad y el mundo en que transitan los muertos estaba roto.

Sufría sola, ni una sola lágrima fue derramada cerca a la presencia de Maruja o Mila, les costaba tanto pedir ayuda, decir que estaba secándose por dentro. Mercedes gritaba tan fuerte, pero el sonido de aquellos dolores era sepultado en el pecho, al parecer la caja torácica es una planicie donde los dolores aullidos se pierden entre los ecos que se funden en las costillas. Le sofocaba la sola idea de que la vieran quebrarse, intentaba ganar la contienda de su pena con la dignidad que requería el momento. Seis meses después de la partida de mama Elena, en Irua acostumbraban hacer una ceremonia del recuerdo por la partida hacia la otra vida de quienes se adelantaron, el evento era familiar, a veces acompañaban algunas personas de la comunidad, pero en este caso, Mercedes no quería lidiar con más gente así que solo asistieron Mila y Maruja.

Bajo las sombras de un árbol de sauce, tres mujeres se sentaron rodeando un pequeño montículo de tierra en la que yace una cruz descolorida, es la tumba de mama Elena. Ahí Mercedes ha colocado algunas frutas, unos panes y un plato de tostado con papas y salsa de pepas de sambo; la comida favorita de mama Elena. Maruja de repente cuenta que su madre se fue por la puerta que está en el lago Nina, muy cerca de la tumba de mama Elena.

- Allá no hay nada más que agua, deja de decir esas cosas tía — le dijo Mila—.
- Has dejado de ver —dijo tartamudeando Maruja—, para qué tienes esos ojos, si ya no te sirven, deberías arrancártelos.

La casa no estaba tan destruida como pensó ayer en la noche cuando llegó. Encendió la tulla. Afuera nuevamente las casas derrumbadas tomaban formas como si nunca hubiesen caído, y la luz se encendía en cada una. Escuchó los cantos, el violín desafinado y un arpa que parecía estar dando su último concierto. Encontró algunas velas medias consumidas, como si alguien también fuera de vez en cuando a la casa, en las paredes las sombras del fuego danzaban y Mila se acurrucó cerca de las llamas cerrando sus ojos. Varios pasos se acercaron a donde estaba ella; qué hace aquí, quién es, decían los cuerpos que estaban parados alrededor; ella se rehusaba a abrir los ojos, se sentía pequeña. Ñami chayamushka, ha llegado, ya era hora, decían otros. Abre los ojos, tienes que ver, tienes que mirar si es que lo quieres ver de nuevo, decía una voz tan cerca de su

oreja, una voz fuerte y que a la vez la arrullaba. Las sombras se movían apresurados, ya viene, ya viene, kaypimari y se alejaban de Mila para darle paso a alguien. Mila se sentó e intentó abrir los ojos, tenía miedo de no volver a ver nada, o tal vez tenía más miedo de enfrentarse a aquellas personas que estaban ahí, en la casa. Cuando finalmente decidió abrir los ojos no vio nada, ni las sombras, ni las llamas, y se abrió paso una luz casi verde, casi azul, casi blanca, se asustó, empezó a temblar, sentía que la mitad de su cuerpo estaba aplastado por una piedra, nada podía hacer. Acaso ya perdí la vista, tan rápido, dijo Mila soltando un quejido. Es un sueño, sí. Despierta se decía a ella misma.

— Te han ido a buscar muy lejos Mila —dijo Mercedes que de pronto estaba a lado—, no puedes dejar que este lugar muera.

Maruja y otros abuelos y abuelas estaban también ahí, sus cuerpos estaban desgastados, sus manos parecían ser las cortezas de los árboles más viejos y sus bocas se resquebrajaban con cada palabra dicha. Mila empezó a sentir miedo, seguía intentando despertar, todo lo que estaba sucediendo le asustó. Luego por el pasillo de la casa se acercaba una alargada figura, llevaba un sombrero, una camisa verdosa y un pantalón blanco. Era Haku que le extendió la mano y la ayudó a levantarse.

—Has tardado un poco, pero estamos aún a tiempo — le dijo Haku con una sonrisa amable y cariñosa.

En ese momento Mila sintió calma, pudo soltar la respiración que se le había estancado del miedo. Al lado de Haku, Mila ya se sintió más segura, al fin al cabo, él era lo más real que parecía estar pasando. Caminaron juntos por un estrecho camino por el que parecía que las hojas de las plantas se inflaban y crecían cubriendo el camino. Miró a Mercedes y Maruja adelantarse y antes de llegar al final de aquel tramo sus cuerpos se desconfiguraban, se cayeron sus pies, sus manos como si una pequeña ola rompiera con la estatua de arena, todo se venía abajo, tomó de la mano a Haku queriendo detener el deterioro de lo que sucedía, pero Haku también se disipaba. Despierta, despierta, despierta, se repetía ella misma, pero no podía así que levantó sus manos hasta el nivel de su pecho, miró sus escuálidos y alargados dedos, los llevó frente a sus ojos y seguido se tocó los ojos, estando ahí pensó que la única forma de despertar era arrancándose los ojos. Así lo hizo, se quitó los ojos para despertar.

El picoteo de unos pájaros wirukchuros que habían entrado a la casa en busca de algo de comida finalmente hizo que Mila despertara al día siguiente, se había quedado toda la noche en su casa. Amaneció y el día estaba vestido de un azul claro con nubes aborregadas que se trasladaban lentamente de un lado a otro. Una luz cegadora salió de

los bordes del taita Shunku y el lago Nina brillaba como un gran diamante, aquella luz rebotaba en Irua dándole un ambiente casi espiritual. Dio pasos cortos hasta el patio y pudo ver con aquella luz cegadora otro paisaje, cerca de las casas había sembríos de maíz desperdigados como si la persona que las sembró hubiese olvidado cómo hacerlo, a la vez varias garzas volaban apresuradas hacia el oeste y las ramas de los capulíes se movían a ritmo lento, llegaba la brisa del lago Nina para soplar delicadamente la mañana.

Luego de aquel día en el que conmemoraron la partida de mama Elena, Mercedes se quedó pensando en la oscuridad de su casa sobre lo que Maruja dijo en aquel lugar: mama Elena se fue por una puerta que está ahí, sobre el lago. Esa misma noche tomó su rebozo verde que más bien se veía de azul oscuro y caminó hacia la orilla del lago, el viento sostenía en el ambiente un canto angustiante, moribundo. Su delgado cuerpo estaba parado sobre el colchón de agua y su anaco revoloteaba con la brisa que golpeaba a Mercedes.

— Mayta kanki — gritó Mercedes al viento—, dónde está el amor, dónde estaba la compañía, me has dejado la soledad y ella no me entiende, impashpata wakcha sakiwashkangi—.

Confiaba en que pronto aquella puerta en el lago se abriría para ella y entonces podría alcanzar las manos de mama Elena, pero nada sucedió solo el viento seguía languideciendo cerca de ella, el agua llevaba consigo gotas más grandes a la orilla y terminaba mezclándose con las lágrimas que caían de los ojos de Mercedes. Con el canto de los gallos y sin haber visto nada en el agua, regresó a casa; Mila y Maruja dormían, ellas también habían buscado otras formas de entender la ausencia de mama Elena. Continuó los días buscando algún mensaje, algún sueño que le dieran las claves para poder descubrir eso que Maruja repetía.

— Ama wakaychu nin —dijo Maruja que vio a Mercedes llegar al alba a casa—.

— No estoy llorando —respondió Mercedes—, conoces cómo se puede llegar a ese lugar.

— ¿Qué lugar? — dijo Maruja con dificultades—.

— Olvidalo —dijo Mercedes—. Y antes de que se metiera a la cocina Maruja le dijo:

— Estás templando muy fuerte la cuerda, si quieres ver, debes calmar tu corazón.

Descuidó la siembra, las fechas de cultivo se perdían en los calendarios, pocas veces se peinaba y prefería leer las velas hasta que le dijeran cómo volver a ver a mama Elena. En esos tiempos la única que parecía ver con los ojos de la realidad la ausencia de hatuku Elena era Mila, ella tuvo que encargarse de la casa, los pocos animales que quedaban y de Maruja que empezó a vagar por los bosques haciéndose amiga de las aves, los zorrillos y algunos insectos, mientras Mercedes intentaba descubrir el camino para irse.

Una tarde con sol y lluvia Mercedes que para esa fecha el dolor ya la había llevado a transitar otros caminos de los que no siempre supo cómo regresar. El primer día que se perdió y no apareció hasta después de dos días, Mila la buscó por todos lados, incluso bajó al pueblo para ver si Mercedes deambulaba perdida, pero no, no consiguió nada. Cuando regresó casi no hablaba, utilizaba monosílabas para responder y los días se extendieron más y más. Mila de vez en cuando pensaba en qué sería mejor que ya no volviera y luego se sentía mal por desear eso. Quién sabe realmente si lo que sentimos en momentos de angustia no es lo que queremos de verdad. Mercedes era fugaz y con el tiempo su presencia ya no se sentía en la casa; cuando estaba Mila, le preparaba de comer y ella parecía ya no reconocerlas, parecía que la memoria se había quedado en algún bosque o casa abandonada donde solía dormir cuando no regresaba a casa.

Al año Mila cuidaba de Maruja y Mercedes e intentaba cumplir con sus estudios. Vendió algunos animales, granos y algunas cosas de la casa que no parecían ser importantes: antigüedades que parecían llamar la atención de los coleccionistas de la ciudad. Hizo de todo para poder sobrevivir.

En la mañana de marzo de 1997, Mercedes se levantó antes que Maruja y Mila y como si no hubiese pasado un año de la partida de mama Elena se despertó algo lúcida, su memoria había empezado a correr, recordaba los nombres de las niñas nuevamente. Preparó el desayuno, pero esa actitud de Mercedes le desconcertaba a Mila porque no sabía qué iba a pasar luego, era angustiante. Nunca sabía qué esperar.

— Mushkurani ashtaka yakuta —dijo Mercedes—, soñé que el agua me cubría los pies, era agua cristalina que limpiaba y llegaba hasta la casa, con el recorrido del agua crecieron muchas flores y maíz y trigo bien grueso. Es una buena semilla, nos va ir muy bien pensaba yo.

— Allimi, poco a poco todo irá tomando su lugar —le dijo Mila—, que bueno que ya te sientas mejor.

Como si fuera un cuadro, estaban sentadas sobre una estera, al fondo una pared de tierra y en el piso varias escudillas de barro con comida, unas tazas de agua de cedrón cuyo vapor perfumaba la mañana, Mercedes estaba sentada en la mitad, Maruja a la derecha y Mila a la izquierda. Desayunaron. El día permanecía tranquilo, era un típico día de campo donde las gallinas y sus pollitos andaban por los patios, los perros ladraban y la gente que pasaba por ahí saludaban alegremente: ñanda mañachi tia, decían. Mila después de mucho sintió que alguien le ayudaba a cargar el peso que se obligó a llevar hace tiempo, parecía que todo iba a cambiar, no quería perder tampoco a Mercedes.

Al terminar el desayuno, Maruja comentó que la comadre le había pedido que lave la ropa: aunque sea para el pan, si voy a ir, dijo. Mila debía ir al mercado a vender algunas semillas y Mercedes quedó en acompañarla, el corazón se sentía tranquilo, pensó que todo ese trajinar de Mercedes había finalmente acabado y con una sonrisa luego de mucho tiempo Mila le dijo que sí.

Mercedes se bañó, se colocó su anaco ese que guardaba para las fiestas de la comunidad y su blusa bordada de rojo y verde, llevo con ella su rebozo azul eléctrico, aquel día Mercedes también llevaba en su cuello todas las wallkas y sus manillas pesadas hasta casi el antebrazo, se puso sus grandes y pesados aretes de plata que casi nunca usaba y algunos anillos que no tenían ninguna piedra preciosa ni parecían importantes, pero eran pesados y a veces solían ponerse las dos abuelas.

—Jaku Mila —dijo Mercedes que llevaba un semblante iluminado por todo lo que llevaba puesto, parecía una estatua de virgen, de aquellas que la comunidad solía vestir para festejar los días santos.

—Juyayllaku kanki, te ves hermosa mama Mercedes — le dijo Mila—.

—Pagui wawalla.

Salieron juntas con sus kipis a la espalda, pasearon por la ciudad viendo algunas cosas que hacían falta para la casa y se detuvieron en el parque, algo cansadas, esperando algún taxi que llevase a casa.

—Nachu heladota munanki —le preguntó Mercedes indicando hacia el anciano que daba vueltas por el parque vendiendo helados.

—Pay mamita —dijo Mila—, hace mucho calor. Puedo preguntarte por qué te has vestido así, vas a algún lado, nos vas a dejar.

—Mila —dijo con tono tranquilo Mercedes—, no voy a ningún lado, solo he querido volver a sentir mi ropa, he querido sentirme abrigada. He sentido mucho frío, sabes, extraño a Elena y no sé cómo hacer para seguir sin ella. Te acuerdas

que los últimos días ella decía que, degana guardamos cosas para el mañana y que una debe ponerse, comer, e irse a donde quiera sin esperar un mundo específico. No está bueno vivir arrepentido de no haber hecho las cosas que uno siempre sueña con hacer y yo hoy he querido ponerme bonita, he querido hacer una pequeña misa para la mama y luego esperar la noche para ver cómo me trata.

—Misa— dijo con tono de pregunta Mila—, pero no nos habías comentado, yo tengo algunas cosas pendientes de los estudios.

—Tranquila, tu dedícate a estudiar —dijo Mercedes—, es una misa para mí y Elena, nadie más.

— Ah, comprendo mamita —dijo Mila—, shinaka jaku ucha, nos vamos hacer muy tarde.

Chuparon los helados apresurados y tomaron un auto de regreso a casa. Mila estaba bien, se sentía feliz, en paz. Mercedes preparó la cena para las niñas y antes de que el sol se metiese hizo su ofrenda y fue a misa.

— Ama llakilla kangichichu, ya está la cena y está todo listo en la casa. No hace falta nada —dijo Mercedes que cargaba apresurada su kipi a la espalda—. Rimini, ñawpanillami, me adelanto, vengan cuando sientan que así debe ser—. Y se fue cuando las garzas regresaban a la orilla del lago juntándose para dormir.

Entró en la iglesia de la parroquia, el sacerdote le dio la bendición y tomó el pago de la misa. Hizo una oración por las almas y se fue diciendo a Mercedes que no ensucie el altar. Mercedes caminó por un largo pasillo, sus pasos eran cortos y lentos, una sensación extraña atravesaba su piel, poco a poco se acercaba a esa luz incandescente de las velas que chispeaban. En las esquinas la oscuridad era dura de ahí salía el sollozo de las almas que permanecían incrustadas, atrapadas como insectos en una telaraña. Quejidos, llantos y gritos le hacían pensar a Mercedes que estaba caminando por el purgatorio, ese lugar donde dicen que las almas están pagando sus pecados. Siguió caminando sin saber qué camino tomaría al llegar al final del pasillo. Llegó al altar y ahí mismo puso su ofrenda de comida, algunas frutas y un poco de alcohol. Encendió unas velas y ahí mismo dijo: Ya no tengo la risa como la de un gorrión, ando por este mundo intentando sobrevivir, pero he llegado a la conclusión de que la vida es hasta donde uno quiere vivirla, al fin y al cabo, donde tú estás, también estas viviendo. Al fin y al cabo, la muerte no es más que volver a la vida, al fin y al cabo, tú misma me enseñaste sobre el miedo: el miedo es aquello que te impulsa hacer lo que tu corazón desea y yo deseo estar

contigo. Fue muy corto el tiempo y una vez nos juramos estar hasta Kayshu kausaykaman, hasta la otra vida y así será. Tuparishun porque no existe un adiós como dicen los otros vivos, entre tú y yo, nuestra historia es un regreso. Contigo el pasado es un lugar seguro, aunque en ese momento no lo supimos ver.

Recíbeme y abrázame; escúchame y luego háblame. No soy indispensable aquí, sé que las mujeres que dejamos también sabrán decidir qué hacer con sus vidas. Por mi parte ya no quiero sobrevivir, por mi parte quiero elegir el día de mi muerte. Hoy caminaré sobre el agua, después de escuchar el canto de estas almas atrapadas en estas paredes, yo caminaré con poco de ortiga y en mis manos llevaré un poco de pétalos de pensamiento, esas flores que me han dejado mirarte borrosamente en los sueños. Kuyay ñami shamusha, kuyay chapaguangi amzapi, kampa punchapampa ñawiwana Elena.

El sol entraba por la ventana dándole un ambiente celestial al altar donde Mercedes hincada sostenía una vela entre sus manos. El atardecer quemaba en el horizonte y como una hoja de papel quemado los bordes del cielo se oscurecían. Dejó un poco de la ofrenda en la iglesia. Su rebozo le cobijaba desde la cabeza hasta sus costillas dejando ver un seco y pálido rostro. Recogió nuevamente la vela que quemaba desesperada y salió de la iglesia con rumbo a Irua, a la parte donde Maruja le decía que estaba la puerta por donde se fue mamá Elena.

El camino estaba marcado por un riachuelo que agonizaba, la tarde se pintaba de violeta y un azul oscuro que cobijaba el cielo, las personas caminaban apresuradas a sus casas viendo a la última luz del día perderse en el crepúsculo, nadie se detuvo a hablarle a Mercedes que no era de la devoción de la gente. Entre los sembríos se metió y tomó el chakiñan al lago Nina, la noche llegó con ella y ahí mismo se sentaron a escuchar al agua chocar, se deshizo de lo que llevaba en su espalda, las frutas se hundieron y la comida con ellas. La vela se apagó por el soplo de Nina. Levantó la mirada y miró la puerta sobre el lago, sintió que todos sus rezos y ofrendas fueran escuchadas por el taita Shunku y la mamá Nina.

—Kay ñanta japishpaka na tigramungichu, piensa bien Mercedes, —dijo el taita Shunku que apareció parado a lado de ella—, si decides caminar por aquí, no podrás regresar ¿Qué quieres hacer?

—Es lo que quiero hacer —dijo tan segura Mercedes—, ñuka ñan, ñuka kawsay.

Desapareció la silueta, la puerta se abría lentamente y el lago Nina se mantenía tranquila, callada, ausente. Mercedes se envolvió de ortiga e inició su camino sobre el

agua, dio doce pasos y dejó caer los pétalos de pensamiento que llevaba con ella, cuando creyó estar cerca de la puerta, esta se alejó y parecía volver al inicio del camino. Su corazón empezó a latir desenfrenadamente, el agua le llegaba a las rodillas y poco a poco la tragaba hasta no quedar nada de ella. En el agua flotaba un poco de ortiga y los pensamientos violetas. Mercedes no vio nunca a mamá Elena. Bajo el agua sus wallkas y manillas se convertían en piedras que le llevaban a la profundidad del lago, por un bosque de algas que parecían las manos de todos los muertos que no lograron pasar por la puerta, manos que la jalaban de un lado a otro, manos que le lastimaban la piel, manos que intentaban salir del agua; mientras se perdía la luz, Mercedes cerró lentamente sus ojos y se dejó llevar sin preguntas ni resistencia.

El teléfono de Mila sonó, era un mensaje de Don Carlos que le preguntaba si iba a necesitar transporte porque iba a hacer un viaje a Quito y que regresaría en la tarde, ella le respondió que no se preocupara y que fuera tranquilo. Así Mila podría recorrer Irua en el día, quiso caminar a la parte poblada de Irua e intentar reconocer a la gente, pero los caminos se habían perdido por la maleza y los terrenos contiguos estaban abandonados, la comunidad al parecer había abandonado esa parte de Irua, parecía ser un lugar inexistente para la comunidad. Cuando se disponía a regresar a la parroquia para entrar por donde llegó, miró a lo lejos a alguien parado bajo un árbol de pingul, entonces decidió averiguar quién era o si esa persona conocía otro camino para entrar a la comunidad donde seguramente estaba José y las demás gentes que ella conoció antes de irse.

Era una silueta masculina arrimado en el árbol, sostenía una cámara de fotos en sus manos, pensó que era algún turista que visitaba el lugar pues desde donde estaba se lograba divisar todo el paisaje de montañas y un lago en centro, desde ahí parecía que Irua estaba dentro de la boca de un gran volcán. Faltando pocos pasos para llegar hacia el hombre, él se giró y la llamó con la mano, Mila ya no reconocía los rostros desde que llegó a Irua parecía ser que sus ojos se apagaban más rápido y solo la cercanía de las cosas le permitían ver mejor, necesitaba estar cerca para ver quién era esa persona. Se paró debajo del pingul y notó que era Haku, su corazón se aceleró y por un momento dudo si ese evento realmente estaba sucediendo o si seguía dormida.

—Haku, qué haces aquí, cuándo volviste —dijo Mila con asombro—. Ella se acercó hasta tocarlo y sentir sus huesos. Era real, era él, sintió su calor, su respiración e incluso su corazón latir.

—Mila, ñukamari kani —dijo Haku con suavidad cerca de sus oídos—, llegué antes que tú, hace exactamente dos semanas. Estaba seguro que vendrías.

Obras citadas

- Bachelard, Gaston. 2000. *La poética del espacio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Cortázar, Julio. 2021. *Clases de literatura, Berkeley, 1980*. España: Alfaguara.
- Ishiguro, Kazuo. 1994. *Los restos del día*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Ishiguro, Kazuo. 1988. *Pálida luz en las colinas*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Kawabata, Yasunari. 2006. *El rumor de la montaña*. España: Emecé editores.
- Machado, Antonio. 2020. *Hoy es siempre todavía (Antología poética)*. España: Algar editorial.
- Mishima, Yukio. 1985. *El pabellón de oro*. Bogotá: Seix Barral Editorial.
- Rilke, Rainer María. 1931. *Cartas a un poeta joven*. Buenos Aires: Ediciones siglo veinte.
- Rulfo, Juan. 2020. *Pedro Páramo*. Madrid: Ediciones Catedra.
- Woolf, Virginia. 2021. *Una habitación propia*. Barcelona: Seix Barral Editorial